11705

GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

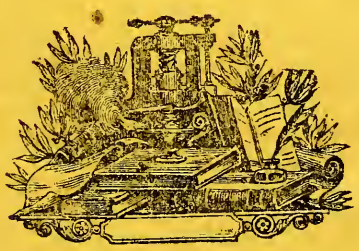
LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.
Editor propietario M. P. Delgado.
CALLE DE JESUS Y MARIA, N.° 4.

9

CATÁLOGO DE LAS OBRAS [illegible] SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA,

publicadas h[illegible] de Enero de 1876.

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar er
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra
zo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo h
cho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante pr
Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—
do.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y ar
Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio
Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.
conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las co
A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duque
por el empleo.—Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acu
nicipal.—Andujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárba
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América li
tuecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha —Borr
corazon.—Brújа de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cua
razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S.
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos
frin.—Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamier
dia noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S Alberto.—Casuali
Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la ciegecita.—Cel
los infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi —Club revo
rio.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint Cyr.—Colon y
errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Cond
lian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Cor
ycebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado —Corsario.—Corte del Buen Retir
te.—Corte del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II
de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—
ero.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.
do con las amigas.—Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja
ta.—Corazon y el dinero.—Celos de Mateo, *zarzuela.*—Calderon.—Carta y guarda p
nicienta.—Cerros de Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo a

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—D
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios l
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alva
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequer
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dine
Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña Maria
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casadas
doctores.—Dos coronas —Dos validos —Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres
hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—
y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita—.Dote de María.—
tiga sin palo.—Duende del meson, *zarzuela.*—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—
casa por todo pasa.—El vira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros —E
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañ
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon
lera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los
tas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españo
todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un ba
Estupidez y ambicion.—Escomulgado.—El diablo está en todas partes.—En palaci
calle.—Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las a
Espiacion de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapu
El qué dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisa
nático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—
Mairena.—Fernan Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas con
vios.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recardo.—Florcsinda.—Fortuna contra fo
Fray Luis de Leon —Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de
boda.—Fé, esperanza y osadía.

VALENTIN EL GUARDA-COSTAS.

DRAMA

en cuatro actos, arreglado del francés

POR

D. ISIDORO GIL Y D. EDUARDO ROSALES

Representado con estraordinario aplauso el 11 de Noviembre de 1855 en Madrid en el teatro Nuevo (Circo de Paul.)

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE POLICARPO LOPEZ.
Cava-Baja, n.° 19, bajo.
Octubre 1874.

ESCENA II.

LOS MISMOS. KERCADEC, *trae una caja de dibujar, y pape*

Kercadec. Buenos dias, morenitos, buenos dias! Qué li
tos son los de esta raza, qué ligeros!... Oh! pero u
blanco debe respetarse mucho y no tener tanta v
veza!... Ah!... Aquí está el bravo capataz con su l
tigo, para que sino ven al uno, sientan al otro!... Y
bien, capataz?

Capataz. Buenos dias, señor... señor...

Kercadec. Kercadec... antiguo grumete del *Júpiter*, h
dia destinado al servicio particular del almiran
Saint-Renan.

Capataz. Y bien, señor Kercadec, os vais acostumbra
do al clima de las colonias?

Kercadec. No mucho... el calor me ataca los nervios...
me quita mi natural energía... de suerte que no n
deja hacer nada absolutamente.

Capataz. Yo os veo todo el dia echado en los sitios m
frescos y sombrios de la casa...

Kercadec. Es para pensar mejor sobre lo que voy á h
cer. Ah! si yo tuviese para mi servicio uno solo
esos alegres mozos... grandes... fornidos... verl
gracia, como este.

Un Negro. Buen blanco, amo mio?

Kercadec. Me encanta su manera de hablar... «¡Bu
blanco á mi... buen amo á mí!...» Para ellos tod
son buenos... Si, morenito á mí! tú ser dichoso
querer tú servir á mí!... Tú, hacer todo el trabaj
mi tu buen señor. y yo mirarte y estarme quieto
Veis, capataz, como es muy útil entender un p
de todas las lenguas? (*Acercándose al negro.*) Es
ven? (*Le abre la boca, le examina los dientes y el
gro le muerde.*) Ay! ay! tiene muy buenos dientes.
*levanta el brazo para averiguar su altura, y el ne
le deja caer sobre el hombro de Kercadec.*) Ay
ay!... ay!... Qué fornido es... Cómo te llamas?

Negro. Bambullat!

Kercadec. Bonito nombre!... Quiero saber si estás b
enseñado... Toma, para empezar lleva eso sobre
mesa. (*Pone la caja y el papel en manos del negro.*)
muy guapo!... muy complaciente!...

apataz. Vamos, muchachos, (*Se oye la campana.*) la hora de almorzar. (*Todos los negros salen corriendo, Bambullat tira la caja por tierra á las piernas de Kercadec y vase corriendo con los demás.*)

ercadec. Qué es eso, negrito?... (*Estregándose las piernas.*) Qué es lo que haces?... Me gusta el modo que tiene de servir!

ESCENA III.

KERCADEC. EDUARDO. *Trae papel para dibujar.*

duardo. La señorita Clotilde bajará muy pronto al jardin del Fuerte; se sentará como ayer, á trabajar debajo de estos árboles?... Ojalá! porque así podré sin que lo advierta, acabar el retrato que tan felizmente he empezado. El gobernador, delicado todavía, no llamará á su secretario hasta el medio dia y tendré tiempo suficiente... (*Viendo á Kercadec que está sentado en una silla.*) Ah! eres tú, Kercadec!... has hecho lo que te encargué?

ercadec. Sí, señorito Eduardo: ya veis, he colocado allí vuestra caja de dibujar... por cierto que es bien pesada...

duardo. Perezoso!

ercadec. Eso es, perezoso! Todo el mundo me llama así, empezando por el almirante que quiere siempre echarme de mi hamaca, antes de las nueve de la mañana. Y despues para qué? para emplearme en llevar fardos.

duardo. Has ido al puerto?

ercadec. Sí, señorito: sabeis que hay desde aquí al puerto lo menos, lo menos medio cuarto de hora... Ir y volver!... uff!... (*Se sienta en otra silla.*)

duardo. Y qué?

ercadec. He visto el buque que llegó ayer noche. Viene de la Habana... Ha faltado poco para que fuese apresado por los ingleses.

duardo. Ya lo sé... Lo ha contado un pasagero que venia á bordo, un amigo del Gobernador, que se presentó anoche y á quien ha alojado ahí cerca, en la plantacion de San Vicente... Pero tú has visto y hablado á los marineros?... Ha venido mi padre con ellos?

Kercadec. (*Levantándose.*) No, señor Eduardo.

Eduardo. Has pedido noticias suyas?

Kercadec. Nadie ha podido dármelas.

Eduardo. Otra esperanza frustrada... Pobre padr mio! yo esperaba verle pronto... porque hace do años, si... dos años que se marchó... el 10 de juni de 1780.

Kercadec. Un domingo!... Oh! nunca se me olvidará!. Embarcarse en domingo!... el dia del descanso!. Si hay un marino perfecto, es el señor Va Broust... Así que acaba de llegar... ya está pensa do en marcharse... Yo hubiera amado esa vida act va tambien... si estuviese en mis facultades... (*sienta otra vez.*) Y pensar que por culpa suya no hoy contramaestre!... El señor Saint-Renan que tan duro con todo el mundo le habia tomado cariñ y queria pedir al Gobierno una recompensa pa él. Sí... sí, todo lo ha rechazado... y solo quiere e tar libre y navegar al viento que le agrade.

Eduardo. Sí; pero me ha colocado aquí como secret rio, cuando el contra-almirante Saint-Renan f nombrado Gobernador de la Martinica, por prem de sus cuarenta años de servicio.

Kercadec. Es todo un valiente el señor Van-Broust? (*Acercando su silla.*) Y por cierto que yo no sab que fuese holandés.

Eduardo. Sí.

Kercadec. Y vos?

Eduardo. No.

Kercadec. Es gracioso eso... y todavía mas chusco q que siendo vos, como dice, lo que mas ama en mundo, os abandone así durante dos años... dice q ha hecho un voto... quereis esplicarme?

Eduardo. (*Impaciente.*) Está bien, basta de pregunt

Kercadec. Perdonad, señor Eduardo... es solo por l blar un rato... por distraernos un poco... Ah! ah teneis ahí el dibujo que sacábais ayer?... ese sober punto de vista que me habeis dicho, con el mar fondo y un navío á la vista... *El Júpiter*... no es e Vaya, enseñádmelo!

Eduardo. No está concluido aun.

Kercadec. Ah! Pues entonces, hacedme un favor...

Ponedme ahí tambien en el *Júpiter*, tendido en mi hamaca y mecido dulcemente... (*Se tiende sobre el banco.*) Así... mirad cómo me coloco... estoy bien así?

Eduardo. (*Con distraccion tomando los lápices.*) Sí...

Kercadec. (*Sobre el banco.*) Vais á retratarme?

Eduardo. Sí, pero cállate por todos los santos, y no charles mas.

Kercadec. Cierro mi pico!... Ah!... es particular!... Siento una flojedad en todos mis miembros... es casi una enfermedad que me acomete cinco ó seis veces al dia, entre comida y comida... Ya empiezo á bostezar... de seguro vá á haber tormenta... (*Se duerme.*)

Eduardo. (*Consigo mismo.*) Pobre padre mio!... Siempre que algun fuerte viento azota nuestras costas, pienso en él y desearia participar de sus peligros... Separado siempre de mí, nunca me ha confiado sus aventuras ni sus proyectos. Estraño misterio! El señor Saint-Renan, su antiguo gefe, no puede tampoco esplicármelo!... Pero alguien viene... Ese paso ligero... es ella!... su sobrina, la señorita Clotilde.

ESCENA IV.

LOS MISMOS. CLOTILDE, *con cesta de costura.*

Clotilde. (*Ap.*) Mi tia no se ha levantado aun... Y sin embargo la convendria mucho el aire puro de la mañana... (*Viendo á Eduardo.*) Pero no estoy sola... Eduardo.

Eduardo. Señorita, si mi presencia os molesta...

Clotilde. Oh! no tal... venia á trabajar debajo de este emparrado... y vos?... habeis venido para acabar sin duda el diseño de ese bello paisage?...

Eduardo. Justamente, señorita: pero si os estorbo en este sitio...

Clotilde. Nada de eso... quedaos: cada cual á su obra... como ayer por la mañana... vos aquí... yo allí... (*Ella se sienta debajo de los árboles y Eduardo delante de la mesa. Momento de silencio.*)

Eduardo. Perfectamente... (*Ap.*) Encantadora figura! Podré nunca tomar... (*Alto.*) Señorita?

Clotilde. Señor Eduardo?...

Eduardo. Tendreis la bondad de volveros un poquito hácia este lado?

Clotilde. Con mucho gusto... Y por qué?

Eduardo. Es que... me ocultábais un punto de vista delicioso...

Clotilde. Ah! si yo lo hubiese sabido!... Estoy bien así?

Eduardo. Muy bien... (*Durante el siguiente diálogo hace el retrato de Clotilde.*) Ah! este es para mí, os lo confieso, el mejor momento del dia...

Clotilde. Y para mí tambien... (*Sencillamente.*)

Eduardo. Ah!

Clotilde. En lo demás del dia no se pertenece uno á sí mismo. Los paseos... las visitas... Ah! ya lo sabeis; yo no soy aficionada á la sociedad.

Eduardo. Vos, señorita, que estais formada para brillar en ella?

Clotilde. Porque dicen que algun dia seré rica! Pero Dios mio, soy huérfana tambien y los placeres me distraen poco. Vos comprendereis esto, Eduardo, porque el cielo os ha herido con el mismo golpe.

Eduardo. Es verdad, sí... yo no he conocido jamás á mi madre que murió al darme á luz. Pero no tengo derecho para quejarme, pues Madame de Saint-Renan, vuestra tia, se digna demostrarme un interés...

Clotilde. Oh! cuán buena es!... Siento que mi tio la trate alguna vez con tanta rudeza, porque ella sufre... y por eso está casi siempre triste. Ciertamente que tiene motivo para estarlo... Vos mismo, Eduardo, no estais siempre al abrigo de la cólera del almirante.

Eduardo. Yo?

Clotilde. Ayer precisamente... temblábamos mi tia y yo... Cuando os mandó llamar... creimos oirle alzar la voz...

Eduardo. Estaba irritado por las lágrimas que habia sorprendido en los ojos de la condesa y entonces intenté defenderla.

Clotilde. (*Acercando un poco su silla.*) Justamente; eso mismo, eso era lo que ella temia. «No, decia, que Eduardo no me defienda jamás! La violencia de carácter del almirante se esplica por la costumbre del mando, por sus hábitos de toda la vida; pero es un

hombre honrado, un valiente marino, una de las glorias de la Francia!... Que Eduardo no lo olvide y que sepa soportarlo todo.»

Eduardo. Noble y digna mujer!

Clotilde. Oh!... hablamos de vos frecuentemente, y cuando estais triste y melancólico, nos acordamos de lo que dice mi tio, que estais atormentado por sueños de ambicion, de grandeza... y por qué? Dios mio! no estais bien aquí?... Oh!... yo espero que vos no querreis abandonarnos... tenemos tanto gusto en veros... (*Se acerca un poco mas.*)

Eduardo. Ah!... puedo esperar que vos... que la condesa vuestra tia?...

Clotilde. Mi tia, Eduardo, sabe apreciar el mérito.

Eduardo. Seré yo tan dichoso que vos tambien...

Clotilde. Yo soy siempre de la opinion de mi tia. (*Con ingenuidad.*)

Eduardo. Ah! señorita...

Clotilde. Si, Eduardo, teneis talento; mi tio pondera vuestra instruccion y yo sé que sois escelente músico, que pintais á las mil maravillas, que componeis versos muy lindos... Oh! todavía me acuerdo de aquellos que me recitásteis ayer, pintando la suerte de los marinos... la tempestad... ah! pensábais en vuestro padre!... Siempre ocupa él vuestro pensamiento.

Eduardo. Oh! no es él solo!... y con frecuencia... (*Se oye un cañonazo á lo lejos y Kercadec cae rodando del banco en que estaba echado.*)

Kercadec. Ay! ay! uff! (*Permanece sentado en el suelo. Clotilde retrocede asustada.*)

Eduardo. Habrá imbécil! Le habia olvidado!... Ese cañonazo nos anuncia que un nuevo buque acaba de entrar en el puerto.

Kercadec. (*Sentado en el suelo.*) Toma! toma! Señor Eduardo, no estábais solo? Perdonad, señorita...

Eduardo. (*Cogiéndole del brazo.*) Quieres levantarte?

Kercadec. Hola! teneis pesada la mano! Y bien! está concluido?... el dibujo? *el Júpiter?* Y yo? he estado sin moverme, no es verdad? Quereis dejármele ver?

Eduardo. Déjame en paz... vete pronto al puerto... y tráenos noticias...

Kercadec. Otra vez? Ah! si yo tuviese un negro que me llevase en brazos! (*Vase.*)

Clotilde. Ah! Dios mio! cómo se pasa el tiempo!... y mi tia debe haberse levantado ya... Hasta la vista, Eduardo.

Eduardo. Hasta mañana?

Clotilde. Hasta mañana: trabajaremos tambien. (*Hace una amistosa despedida y vase.*)

Eduardo. Oh! encantadora!... (*La sigue con la vista.*)

ESCENA V.

EDUARDO. KERCADEC. *Despues* VAN-BROUST.

Kercadec. (*Volviendo.*) Eh! señor Eduardo!

Eduardo. Qué es eso? qué hay?

Kercadec. (*Alegre.*) No puedo mas... me ha hecho correr delante de él... correr á mí!

Eduardo. Y quién ha podido?...

Kercadec. Quién? él solo... «Vamos,» me ha dicho, «larga el cable, haragan, y toma la delantera.» Ah!... al momento me ha reconocido... y mirad... ahí le teneis.

Eduardo. Mi padre!

Van-Broust. (*Saliendo.*) Eduardo!

Eduardo. Mi buen padre! (*Se abrazan.*) Por fin os vuelvo á ver despues de tan larga ausencia?

Van-Broust. Dos años, mocito; y bien puedo decir que en ese tiempo he andado mucho camino...

Kercadec. Ah! señor Van-Broust, dejadme que os admire despacio, sois el movimiento contínuo en carne y hueso.

Almirante. (*Dentro.*) Dónde está? dónde está?

Van-Broust. Ah! es él! esa es su voz!

Kercadec. El almirante! yo me escurro... (*Vase.*)

ESCENA VI.

EDUARDO. VAN-BROUST. EL ALMIRANTE.

Almirante. (*Saliendo por la derecha.*) Sí, por vida mia, es mi valiente Van-Broust.

Van-Broust. Presente, mi almirante!

Almirante. Tócala. (*Alargándole su mano.*)
Van-Broust. (*No atreviéndose.*) Mi general...
Almirante. Tócala, te digo, mi antiguo camarada! Así! de dónde diablos vienes?
Van-Broust. De la pesca de la ballena en la mar del Norte.
Almirante. Y ahora?...
Van-Broust. Voy á la pesca del coral en el mar del Sur.
Almirante. Vuelves á marcharte?
Van-Broust. Pasado mañana.
Eduardo. Qué! tan pronto?
Van-Broust. Yo soy así: no puedo echar el ancla en ninguna parte... el tiempo necesario para abrazar á mi hijo... y á la vela!... Todo es debido á una circunstancia de mi vida... un golpe de fortuna que me echó en otro tiempo al Océano!...
Almirante. Hace veinte años?... ya me acuerdo... yo no era entonces mas que capitan de fragata... viniste á buscarme con una carta del comandante de *Lorient*, un hombre valiente y honrado: me recomendaba eficazmente al marinero Van-Broust, á quien desgracias de familia le obligaban á emigrar: Van-Brous! nombre holandés, pero sin embargo, tú eres francés, y buen francés... yo lo conocí... por vida mia: nada te pregunté: «guarda tus secretos,» te dije, «me fio del hombre que te envía, y mas que todo de tu fisonomía...» y tenia razon... ni uno ni otro me han engañado... tú habias nacido, voto al chápiro, para la vida de marino.
Van-Broust. A fé mia, mi general, que si no fuese por mi hijo y por vos, no quisiera ver la tierra mas que con un anteojo de larga vista.
Almirante. Voto al diablo! comprendo bien eso... desde que me han arrojado en tierra, me encuentro como una boya... Gobernador de la Martinica!... seguramente que es un buen retiro... pero no vale lo que la vida activa... Así es, que me acuerdo mucho de tí, mi viejo lobo marino. Mira, tu vista me recuerda nuestras campañas, nuestros combates... Te cito con elogio en mis memorias, pregúntaselo á tu hijo que las escribe... Figuras en ellas en sitio de preferencia...

Van-Broust. Sí, en nuestra guerra de América... cuando hicimos saltar aquel navío inglés!...

Almirante. Y aquel cacho de bomba que te deshizo las espaldas!...

Van-Broust. Y aquel sable de abordaje que os acarició las costillas!

Almirante. Aquellos eran los buenos tiempos!

Van-Broust. Oh! sí...

Almirante. En vez que ahora, nada mas...

Van-Broust. Que el cabotaje...

Almirante. Y la gota... Ah!... se me olvidaba... y las mujeres!... al menos... allá abajo... en el mar... no hay mujeres... Por mi vida de marino, que prefiero desenredar cincuenta jarcias, que las marañas que forjan las tales criaturas. (*Va á sentarse.*)

Van-Broust. Ah! (*Bajo á Eduardo.*) Dime, chico, qué es lo que tiene?

Eduardo. No lo sé.

Van-Broust. Vé á esperarme en el puerto: tengo que hacer algunos aprestos para embarcarme, y... tú me ayudarás...

Eduardo. No tardeis mucho... tengo tan poco tiempo para veros...

Van-Broust. Vé, hijo, ve... pronto me reuniré contigo. (*Vase Eduardo.*)

ESCENA VII.

VAN-BROUST. EL ALMIRANTE.

Van-Broust. Vamos á ver, mi general, ahora que estamos solos, perdonadme la pregunta que voy á haceros. Qué diablos de solfa entonais á cada instante á propósito de las mujeres?... Supongo que nada de eso se referirá á la condesa... la mejor, la mas digna de todas.

Almirante. Oh! sí... es una santa!... eso dice todo el mundo, y á mi nadie me tiene lástima...

Van-Broust. A vos? por qué causa?

Almirante. Voto al diablo!... porque estoy rabiando todo el dia.

Van-Broust. Por causa de la condesa?

Almirante. Sin duda...

Van-Broust. Cómo! acaso su comportamiento con vos?...

Almirante. Es inmejorable! me prodiga mil cuidados, mil atenciones; es un modelo de dulzura y sumision...

Van-Broust. Y es eso lo que os hace rabiar?

Almirante. Oh! si; porque al mismo tiempo está triste; frecuentemente llora, sin querer decir por qué.

Van-Broust. Pardiez! Pues eso es bien fácil de comprender!... porque vos la haceis desgraciada...

Almirante. Yo?

Van-Broust. Si, vos! Ya en otro tiempo, á bordo, cuando hablábais de ella... lo haciais como si estuviérais celoso.

Almirante. Yo celoso!... eso no es verdad.

Van-Broust. Perdonad, general, es positivo.

Almirante. Yo te digo que no.

Van-Broust. Yo os digo que sí.—Y despues jurábais por todos los diablos que la mataríais si...

Almirante. (*Con energía.*) Oh! en cuanto á eso, por quien soy que lo haria...

Van-Broust. Lo veis como es verdad...

Almirante. Y aun cuando así fuese, viejo testarudo, quisiera saber cómo opinabas tú, allá en tus tiempos cuando estabas casado.

Van-Broust. (*Algo turbado.*) Eh? cuando... yo estaba casado?

Almirante. Sí... tú tuviste una mujer que murió el mismo dia que nació tu hijo... No es eso lo que me has dicho?

Van-Broust. Si, si... ciertamente... lo que es en ese punto ella no me ha dado jamás motivo para inquietarme... y... pero mi hijo... mi Eduardo... qué me decis de él, general?

Almirante. Digo... digo ante todo que hay una cosa que me sorprende.

Van-Broust. Y cuál es?

Almirante. Que tengas un hijo como él.

Van-Broust. Vaya una idea!

Almirante. En primer lugar, no se te parece en nada; tú eres brusco, sin ceremonia, y él...

Van-Broust. El es un caballero completo, no es eso? pues es lo que yo deseaba; le he hecho dar una esmerada educacion en Vannes... y me lisonjeo que le ha aprovechado.

Almirante. Si, si... es un escelente mozo á quien no le falta mas que una ocasion para hacer fortuna, y que la hará, no lo dudes.

ESCENA VIII.

DICHOS. LA CONDESA.

Condesa. (*Que sale por la derecha á las últimas palabras.*) Ah! hablais de Eduardo?

Van-Broust. La señora condesa...

Condesa. Sabiendo vuestra llegada, señor Van-Broust, he venido yo misma á tener el gusto de hablaros de vuestro hijo... es un jóven perfecto.

Van-Broust. Ah! Señora, él es todo mi orgullo... mi alegría...

Condesa. Y teneis razon: aquí todo el mundo le quiere. Cuando nos le confiásteis os prometí que seria tratado como hijo de la casa y he tomado ese título como cosa formal.

Van-Broust. Cuánta bondad!

Condesa. Ningun agradecimiento nos debeis: el conde ha recibido pruebas evidentes de su cariño y adhesion.

Almirante. Es verdad: se ha portado valientemente cuando la última sublevacion de los negros, y me he encargado de su porvenir... Pero qué nos quiere Kercadec?...

ESCENA IX.

DICHOS. KERCADEC.

Kercadec. Uff! perdonad, mi general... estoy sofocado...

Almirante. Qué sucede?

Kercadec. Que estaba yo allá bajo, cerca de la verja, sentado á la sombra del gran plátano, y ese pasajero... el caballero que habeis alojado en la plantacion de San Vicente...

Almirante. Y bien?...
Kercadec. Ha venido... y me ha incomodado.
Almirante. Cómo, truhan!
Kercadec. No... quiero decir... que me ha enviado á anunciaros su visita.
Almirante. En efecto, le esperaba...
Van-Broust. Yo os dejo, mi general, voy á reunirme con mi hijo en el puerto.
Condesa. Qué! no os quedais á almorzar con nosotros?
Van-Broust. Gracias por tanto honor, señora condesa.
Almirante. Bah!... beberemos á la salud de tu hijo...
Van-Broust. Ya sabeis, mi almirante, que he jurado no beber mas que agua... Esa es una historia que ignorais...
Almirante. Y has cumplido tu juramento?
Van-Broust. Desde que le hice... Volveré á despedirme de vos. (*A Kercadec, á quien encuentra al paso.*) Vamos, dormilon, vira de largo.
Kercadec. Parece un terremoto el buen papá Van-Broust!
Almirante. Di á ese caballero que le estoy esperando.
Kercadec. Voy, mi general... Jesus!... siempre andando! (*Vase.*)
Almirante. Quedaos, señora, (*A la condesa, que quiere retirarse.*) quedaos, y os ruego que tomeis una fisonomía alegre para recibir al caballero de Servieres... Tengo razones que os esplicaré muy pronto, para que se le haga la mejor acogida... pero héle aqui!

ESCENA X.

LOS MISMOS. SERVIERES.

Almirante. Venid, amigo mio, venid...
Servieres. (*Saludando.*) Señora, permitid que me felicite, por el honor que me dispensais.
Condesa. Caballero, sed muy bien venido á casa de vuestros amigos.
Servieres. (*Ap.*) Cosa estraña! Las facciones de la condesa no me son desconocidas.
Almirante. Este caballero, que viaja por gusto de ver mundo, y que yo sabia se hallaba en la Habana, ha

venido aquí correspondiendo á mi invitacion. Sí, condesa, es (*Movimiento de la Condesa.*) tiempo de que os participe mis intenciones. En primer lugar, sabreis las obligaciones que debo á este caballero. Hace unos diez y ocho años que nos encontrábamos en la isla de Menorca, donde habia ido á restablecer su fortuna; yo no era entonces mas que capitan: habia trabado un combate con un corsario y herido de una bala en el pecho fuí trasladado á tierra en donde estuve en peligro de perder la vida á no ser por la habilidad de este amigo...

Condesa. Cómo! fué el señor?...

Almirante. El que salvó á vuestro futuro esposo, porque poseia grandes conocimientos en cirujía...

Servieres. Acababa de hacer algunos estudios... y tuve la dicha de poder utilizarlos en aquella ocasion.

Almirante. Desde entonces, data nuestro conocimiento y juramos ser amigos...

Servieres. En tierra y en mar...

Almirante. Es el compañero que me hacia falta. Le he instalado en S. Vicente, esperando que sea de hecho nuestro comensal;... porque... escuchad mi proyecto. Es una persona de mérito superior... de buena familia y de una posicion desahogada... y ya que la suerte ha dispuesto que esté soltero todavía, he resuelto hacer de él... No adivinais el qué?...

Condesa. No.

Almirante. Mi sobrino...

Condesa. Vuestro?...

Almirante. Sin duda: le casaremos con vuestra sobrina Clotilde, y me hará la partida de tric-trac, contándome mil anécdotas de los paises que ha recorrido... porque es un gran cuentista... Vamos, qué decis de todo esto?

Condesa. Me permitireis, amigo mio, ante todo consultar la voluntad de mi sobrina.

Almirante. En efecto, olvidaba deciros, querido amigo, que aquí son las mujeres las que gobiernan; sabreis pues, que mi hermana juzgó mas conveniente confiar á la condesa la tutela de su hija, y por consiguiente á ella es á quien debeis hacer la corte.

Servieres. Si mi eterna gratitud y el deseo de entrar

en una familia tan respetable, son, señora, títulos suficientes...

Condesa. Ya los teneis á nuestro reconocimiento, caballero...

Servieres. Acabo de ver á la señorita Clotilde en el jardin... y me ha parecido encantadora.

Almirante. Una niña!... Consultadla, pues, señora, lo mas pronto posible y terminemos cuanto antes este asunto, yo os lo ruego.

Condesa. Qué! sin darles tiempo para que se conozcan?

Almirante. Bah! Señora... nosotros no nos conocíamos apenas cuando nos casamos hace quince años... (*Bajo.*) Quereis darme á entender que jamás me habeis amado?

Condesa. Qué decís!

Almirante. Vamos, vamos, yo me declaro protector de este caballero y en favor de este matrimonio; y añado 200,000 libras á los 100,000 escudos que posee mi sobrina.

Servieres. (*Ap.*) Quinientas mil libras! (*Alto.*) Os lo repito, señora, me ha parecido encantadora...

Almirante. Justamente, aquí está Clotilde.

ESCENA XI.

LOS MISMOS. CLOTILDE.

Clotilde. (*Que llega corriendo.*) Tia... tia mia... (*Deteniéndose de repente.*) Ah! un desconocido! Perdonad....

Condesa. Qué me quieres, hija mia?

Clotilde. Venia... venia... á buscar mi costura que habia dejado aquí.

Servieres. Yo solicitaba, señorita, el honor de presentarme á vos, y la condesa podrá deciros que este momento es uno de los mas felices de mi vida...

Clotilde. Caballero...

Almirante. Basta de cumplimientos; así se echan á perder las mujeres... Voy á decir la cosa tal como es...

Servieres. (*Deteniéndole.*) Por favor!

Almirante. No quereis? sea en buenhora. (*A la Conde-*

sa.) Os dejo con vuestra sobrina, condesa: aprovechad el tiempo, volveremos dentro de veinte minutos.

Servieres. (*Ap.*) Cuanto mas examino á la condesa, mas creo recordar... Oh! no es posible!

Almirante. (*A Servieres.*) Dadme el brazo, amigo mio, (*Marchándose.*) y habladme un poco de ese diablo de pirata que os ha inquietado en vuestra navegacion. Me están dando ganas de salir á darle caza... (*Vase continuando hablando.*)

ESCENA XII.

CLOTILDE. LA CONDESA.

Clotilde. Por fin me veo á solas con vos, querida tia... el almirante me intimida siempre... y en cuanto á ese caballero... como no le conozco...

Condesa. Se llama el caballero de Servieres... En otro tiempo... hace 18 años, salvó la vida al conde...

Clotilde. Defendiéndole?

Condesa. No, curándole.

Clotilde. Ah! es médico?

Condesa. En ocasiones solamente. Qué piensas tú de él?

Clotilde. Yo? no pienso nada... es decir, pienso todo lo mejor posible, toda vez que es amigo vuestro y que salvó la vida á mi tio.

Condesa. De su figura... de sus modales?...

Clotilde. Casi no me he fijado.

Condesa. Parece jóven.

Clotilde. Oh! jóven! Permitidme, tia mia, que os recuerde que hace 18 años que curó al conde.

Condesa. Y bien?

Clotilde. Que tendrá pues, lo menos 38 años, y esa es bastante edad.

Condesa. Niña!... esa es regularmente en la que los hombres se casan... son asi mas reflexivos... mas prudentes... Por esa razon quizá es por la que deseo saber tu opinion acerca de ese caballero.

Clotilde. No os entiendo, tia mia.

Condesa. Supuesto que tengo necesidad de esplicarme con mas claridad, qué dirias si ese sugeto hubiese

venido aquí con intenciones particulares... si en fin, él te solicitase en matrimonio?

Clotilde. A mí, tia?

Condesa. Si estuviese yo encargada de esplorar tu voluntad acerca de este asunto...

Clotilde. (*Con viveza.*) Oh! pero si yo no quiero casarme...

Condesa. Qué dices?

Clotilde. No, no, tia mia, no me hableis mas de eso... os lo suplico... Dios mio!... estaba yo tan tranquila, estaba tan contenta! y ahora tengo ganas de llorar.

Condesa. Pero, en fin, de qué proviene esa repugnancia?

Clotilde. Dios mio! qué se yo? Ah! tia mia: debe ser horroroso casarse con quien no se ama!

Condesa. Clotilde!

Clotilde. Cuando pienso en eso... mirad... tambien vos os vísteis obligada á casaros contra vuestro gusto, y tal vez por eso... es por lo que estais tan triste... tan desconsolada...

Condesa. Yo!

Clotilde. Pues bien, tia mia... á mí me sucederia lo mismo, porque yo no amo á ese hombre, y no podré nunca amarle... no, tia mia, jamás!

Condesa. Qué exaltacion!...

ESCENA XIII.

LAS MISMAS. EDUARDO. KERCADEC.

Eduardo. (*A Kercadec, saliendo por la derecha.*) Ah! eso no es posible...

Kercadec. Sí, señor Eduardo, lo he oido cuando pasaban por delante de unos árboles, á cuya sombra estaba yo tendido... hablaban del casamiento de la señorita Clotilde.

Eduardo. De su casamiento?

Clotilde. (*Viéndole.*) Ah!

Condesa. Sos vos, Eduardo?

Eduardo. Si señora... venia... venia á buscar mi cartera de dibujo que he dejado olvidada aquí.

Condesa. Ah! (*A Clotilde.*) cómo tú!... tú habias tam-

bien olvidado tu labor. (*Clotilde se vuelve ruborizada.*) Con que es decir que esta mañana dibujábais?...

Clotilde. Esa vista...

Kercadec. Con el *Júpiter.* (*Ap.*) Quisiera averiguar si estoy muy parecido! (*Se acerca con silencio á la mesa y coge el dibujo.*)

Condesa. Con efecto... es un panorama delicioso... sobre todo al salir el sol...

Kercadec. (*Trayendo el dibujo.*) Miradle, señora, miradle...

Eduardo. (*Vivamente.*) Kercadec! (*Quiere coger el dibujo.*)

Condesa. (*Tomándole.*) Dejádmele, amigo mio.

Kercadec. Vamos á ver, señora condesa, si me ha hecho favor...

Condesa. (*Mirando el dibujo.*) Clotilde!

Clotilde. Yo!

Condesa. Su retrato!

Kercadec. El suyo!... (*Con tono de reconvencion.*) Oh! señor Eduardo!...

Condesa. (*A Kercadec.*) Salid...

Kercadec. Voy, señora... (*Ap.*) Haber estado allí... dos horas!... No merecia la pena de molestarme asi... Si á lo menos tuviese yo un negro... le hubiera puesto en mi lugar. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

EDUARDO, LA CONDESA, CLOTILDE.

Condesa. Hablad, Eduardo, qué significa?...

Eduardo. Sabeis mi secreto, señora.

Condesa. Vuestro secreto?

Clotilde. Ah!

Condesa. Que una casualidad me ha descubierto, y vos me ocultábais.

Eduardo. Como me lo ocultaba á mi mismo, señora porque ignoraba mis propios sentimientos; mi felicidad era vivir aquí, en familia, cerca de vos, cerca de ella, y yo no pensaba que eso debia terminar... En cuanto á ese retrato, si me he atrevido á hacerlo... ah!... ha sido casi sin querer...

Condesa. Consiento en creeros, Eduardo... pero Clotilde ha debido mostrarse mas reservada...

Clotilde. Ah! mi buena tia, sabeis lo que ha motivado todo esto? ese fatal proyecto de casamiento: oh! os lo confieso, es un golpe que destruye todas mis ideas de felicidad...

Eduardo. (*A Clotilde con vehemencia.*) Qué decis?

Condesa. (*Deteniéndole.*) Eduardo!... Está bien!... olvido lo pasado... la culpa la tengo yo sola que no os he vigilado quizás bastante para preservaros de una inclinacion que hace con demasiada frecuencia la infelicidad de la vida!

Eduardo. La infelicidad?

Condesa. (*Conteniéndose.*) Meditadlo bien, vos mismo, Eduardo. Calculad la distancia que os separa de Clotilde...

Eduardo. Ah! señora...

Condesa. No á mis ojos, ni á los suyos tal vez...

Clotilde. (*Con viveza.*) Oh!... no, tia mia.

Condesa. Pero cómo aspirar á su mano? No teneis ni posicion ni fortuna.

Eduardo. Oh! tendré lo uno y lo otro; por ella es por lo que yo ambiciono; por ella quiero adquirir honores, riquezas...

Clotilde. Oh! si, tia mia: él lo conseguirá, yo os lo fio.

Condesa. Dios le proteja, hija mia! Pero, y hasta entonces!...

Clotilde. Hasta entonces?... Ah! impedid, os lo ruego, que me case con ese forastero que me causa miedo y...

Condesa. Tranquilízate: tendremos tiempo para pensar.

Clotilde. Oh! tia mia!...

Condesa. Yo no prometo nada: vete, niña, vete.

Clotilde. Sí, tia mia... no, digo mal: mi madre, mi buena madre; confio en vos, porque no me prohibis que espere... adios, Eduardo. Madre mia... abrazadme... (*Vase y vuelve. Vase.*)

Condesa. (*A Eduardo.*) Y vos, Eduardo, confio en vuestra honradez que evitareis la presencia de Clotilde; guardaos de alimentar en el corazon de esa niña una pasion peligrosa para su tranquilidad... y mas tarde... tal vez... veremos...

Eduardo. Ah! señora, una palabra vuestra es una órden sagrada para mí... Feliz con la débil esperanza que

haceis brillar á mis ojos... obedeceré, señora, obedeceré. (*La besa la mano y vase.*)

Condesa. (*Sola.*) Sí... he debido preveerlo... se aman, es un amor santo y puro como ellos!... Ah! no quiero que seas desgraciada, pobre Clotilde: no quiero que sufras lo que yo he sufrido, y para evitarte tantas lágrimas... pero ya están aquí...

ESCENA XV.

LA CONDESA. EL ALMIRANTE. SERVIERES.

Servieres. (*Ap. en el fondo, mirando hácia el lado por donde se marchó Eduardo.*) Quién será ese jóven que estaba con la condesa?

Almirante. (*A Servieres.*) Llegad, amigo, qué diablo! avanzais como un recluta el primer dia de fuego: mirad, la conversacion ya ha concluido... es buena señal... Qué (*A la condesa.*) tal, condesa, es asunto terminado?... La niña ha dicho que sí?... Cuando viene el escribano?

Condesa. Siento que este caballero venga él mismo á saber una respuesta...

Almirante. Soy yo quien le trae, ya lo veis... pero qué debo esperar de vuestra turbacion?

Condesa. Lo que habia previsto, amigo mio: Clotilde no piensa en casarse.

Servieres. Ah!

Almirante. Bueno, bueno... ya conocemos esa táctica: no desmayeis, Servieres... las muchachas empiezan siempre por hacer remilgos... sea... la concederemos dos dias para pensarlo... y si ella no conoce sus intereses... entonces, voto al chápiro! sabremos obligarla...

Condesa. Obligarla! (*Con firmeza.*) Eso no; de ninguna manera.

Almirante. Qué quiere decir?...

Condesa. Os sorprende y lastima este lenguaje?

Almirante. En efecto, es la primera vez...

Condesa. Escuchadme, conde: en todo lo que á mí se refiere, sea lo que fuere, me encontrareis siempre dispuesta como hasta aquí, á complaceros y obede-

ceros... mas por lo que hace á Clotilde... juré á vuestra hermana en su lecho de muerte hacer á su hija tan dichosa como si el cielo me la hubiese dado por hija; y el juramento que hice lo sostendré; los derechos que sobre ella tengo los haré valer contra todo el mundo... contra vos mismo...

Almirante. Cómo! os atreveis?...

Condesa. Me atrevo á hablaros como lo haria vuestra hermana; los sentimientos y la eleccion de su hija serán libres.

Almirante. Quereis ponerme en el estremo?...

Servieres. Vamos, vamos, general, calmaos: la condesa tiene razon. No permita Dios que yo quiera nunca abusar de vuestra amistad para obligar á una jóven que me inspira tanto respeto como amor; y toda vez, señora, que se ha dado un paso tan precipitado, contra mi voluntad, permitid solamente esperar que con el tiempo y mis atenciones lograré merecer los favores de la señorita Clotilde.

Condesa. Eso es hablar en razon, caballero.

Servieres. Oh! y para probaros que no guardo ningun rencor... admito el almuerzo á que me habia invitado el conde...

Condesa. Oh! no se puede ser mas amable!

Servieres. (*Ap.*) Ah! es de la condesa (*Sacan una mesa cubierta.*) de quien depende todo... Pues bien! yo sabré si es ella... Dios lo quiera! y entonces la obligaré á que me proteja.

Almirante. Ea! á la mesa: se ha llamado á mi sobrina?

Condesa. Está un poco indispuesta...

Almirante. Alguna rabieta... con motivo de este caballero... Afortunadamente yo no me acobardo por eso. A Eduardo tampoco le esperamos hoy.

Servieres. Quién es ese Eduardo?

Almirante. Mi secretario: un jóven de mucho mérito... que hace cerca de dos años que tengo en mi compañia.

Servieres. Ah! (*Ap.*) El que he visto hace poco.

Almirante. Me ocupo con él en escribir mis memorias... ya las leereis... y vereis algunos brillantes hechos de mi juventud... Ay! ved lo que me recuerda mi edad!... tengo como mil millones de puntas de alfi-

leres en las piernas... maldita gota! (*La condesa se acerca con cariño. El general se sienta y los demás tambien; la condesa á la derecha del público. Servieres á la izquierda, y aquel en medio, frente al público.*)

Condesa. Amigo mio!

Servieres. Si yo ejerciera, os ofreceria mis servicios... pero he olvidado mi profesion despues de veinte años que renuncié á ella.

Condesa. Estábais establecido en Francia?

Servieres. Sí, señora, en Francia, en Bretaña, en las cercanías de Lorient.

Condesa. (*Ap.*) De Lorient!

Almirante. En ese caso debeis conocer todo aquel pais?

Servieres. Perfectamente; y me acuerdo de cierta aventura bien estraña que me ocurrió pocos dias antes de mi salida del continente.

Almirante. Contádnosla: ya os he dicho, condesa, que este caballero sabe una coleccion de anécdotas á cual mas entretenidas.

Servieres. Creo que esta es de las mas interesantes. Me haríais el obsequio, señora condesa, de una taza de té? (*La condesa le sirve el té en la taza que le presenta.*)

Almirante. (*A quien ofrece té la condesa.*) Gracias... ni agua caliente ni agua fria... Yo me atengo á este Málaga... Venga esa historia.

Servieres. (*Tomando el té á pequeños sorbos y observando á la condesa.*) Como he dicho, era cuando me hallaba yo establecido cerca de Lorient... Una noche que dormia profundamente á pesar del mal tiempo que hacia, me despertó el ruido de una piedra lanzada contra los cristales de mi ventana; levantéme á abrir... y distinguí en la oscuridad á un hombre, el cual me suplicó en voz baja que me vistiese pronto y le abriera... Aunque algo sorprendido, no vacilé y en breve estuve al lado del desconocido, cuyo rostro no podia divisar bien, porque se le tapaba en parte un gran pañuelo... Un coche nos esperaba en el camino: me hizo subir en él y partimos: la noche estaba tan oscura que no descubria en mi marcha mas que masas confusas de árboles y rocas. Durante el viaje, el desconocido me habló con mucha agitacion

y vagamente de su amor á una jóven de alta clase... confiada á los cuidados de una parienta... que habia logrado verla secretamente y hacerse amar de ella... y que por último la habia llevado á aquel pais para ocultar á todo el mundo las consecuencias de su imprudente pasion...

Condesa. (*Ap.*) Cielos!

Servieres. Perdonad, señora condesa... si os desagrada esta relacion...

Almirante. Nada de eso, continuad, amigo.

Servieres. Despues de una hora de camino el coche se detuvo, bajamos de él, y despues de mil rodeos por entre rocas, nos encontramos delante de una puertecita de la que mi guia tenia la llave. Hízome entrar en un jardin, que atrevesamos silenciosamente, y llegamos por último á un pabellon débilmente alumbrado, y en el que habia una cama en donde estaba acostada una jóven muy cubierta y próxima á ser madre.

Condesa. (*Ap. y muy conmovida.*) Ah! es él!

Servieres. Rogaria á la condesa... otra taza de té.

Almirante. Cómo os tiembla la mano, (*La condesa se la dá.*) amiga mia!

Condesa. Si... y no sé á qué atribuir...

Servieres. Son los nervios... (*Tomándola la tetera.*) la señora me permitirá...

Almirante. Proseguid, caballero... y despues?

Servieres. La jóven dió á luz un niño, y fuí conducido otra vez con las mismas precauciones...

Almirante. Sin saber quién era aquella mujer?

Servieres. La ví...

Condesa. (*Ap.*) Ah!

Servieres. El velo que la cubria se descompuso un poco y pude admirar su hermosura, hermosura tan señalada que nunca podré olvidar...

Condesa. (*Ap.*) Dios mio! Dadme la fuerza necesaria para no hacerme traicion.

Almirante. Y al héroe de esa intriga... al desconocido, le habeis vuelto á ver?

Servieres. Una sola vez antes de mi marcha, pero despues supe que habia tenido un fin desastroso...

Almirante. Cómo?

Servieres. Me aseguraron... algun tiempo despues... que pasando una noche por las montañas pereció de muerte violenta.

Condesa. (*Ap.*) Ay de mí!

Almirante. Y ella, la mujer, sabeis qué se ha hecho?

Servieres. (*Observando á la condesa.*) Por una casualidad bien estraña, la he encontrado... á que no adivinais dónde?...

Almirante. No, seguramente.

Servieres. (*Mirando siempre á la condesa, cuya turbacion aumenta á cada instante.*) En estas colonias... (*La condesa se levanta involuntariamente y como fuera de sí.*)

Almirante. Cómo! aquí? En la Martinica?

Servieres. No, en la Habana... (*La condesa se sienta.*) En la Habana donde se ha casado con uno de los hombres mas respetables y considerados.

Almirante. Que tal vez no sabrá nada de esa aventura?

Servieres. Es posible.

Almirante. Mayor infamia no puede darse. Creo que si un crimen merece perdon no lo merece nunca la mujer que al dar la mano á un hombre abusa hasta tal punto de su confianza.

Condesa. Conde!

Almirante. Sí señora, tal mujer es á mis ojos mas delincuente que la que por fascinacion ha cometido una falta; la una obra tal vez por pasion, la otra por cálculo.

Condesa. (*Muy turbada.*) Pero Dios mio, quién sabe á veces los motivos...

Almirante. (*Con cólera.*) Los motivos para abusar de la confianza de un hombre honrado? no, señora, no los hay por vida mia, y si yo hubiera sido engañado de esa suerte, aun cuando lo supiese al cabo de veinte años, juro á Dios que mataria sin piedad á la hipócrita.

Condesa. (*Ap.*) Desventurada!

Servieres. Volvamos á mi historia en la que las cosas no pueden acabar tan trágicamente, querido general, porque la tranquilidad del marido está asegurada. No queda ningun rastro de lo pasado; al menos así debe creerse, porque el niño, fruto de ese miste-

rioso amor, confiado al principio por mí á los cuidados de una aldeana, murió de resultas de una caida, de manera que la madre se halla hoy al abrigo de toda sospecha.

Almirante. Pero qué es esto? la condesa está á punto de ponerse mala! qué palidez!

Servieres. Qué teneis, señora? (*Acercandose á ella apresuradamente.*)

Condesa. (*Volviéndose hácia él y levantándose con esfuerzo.*) Nada, señores... Quién no se estremece con semejante relacion? Infeliz niño, abandonado desde que nació! entregado á manos mercenarias!... y muerto miserablemente sin haber conocido las caricias de su madre! Ah! eso es horroroso! (*Se cubre el rostro.*)

Servieres. Siento, señora condesa, ser causa... yo que no queria mas que entreteneros y os he causado tristeza... y casi espanto... Soy un torpe! pero permitidme que os acompañe á vuestra habitacion. (*La toma de la mano y la lleva á la puerta diciéndola por lo bajo.*) Es preciso que yo os hable á solas, señora.

Condesa. (*Ap.*) Cielos!

Servieres. (*Id.*) Esta tarde en San Vicente. (*Alto.*) Hasta que tenga la honra de volveros á ver, señora condesa.

Condesa. (*Despues de haber mirado á Servieres y aparte.*) Ah!

ESCENA XVI.

EL ALMIRANTE. SERVIERES. EDUARDO.

Almirante. Vamos, es cosa de no poder sufrir las mujeres, una nada las hace llorar.

Eduardo. Señor conde!

Almirante. Ah! sois vos, Eduardo!

Servieres. Eduardo? (*Le examina y aparte.*) Ah! el secretario consabido... es guapo mozo!

Eduardo. (*Al almirante.*) El comandante del crucero que habeis mandado llamar está ahí.

Almirante. Bien: venid, Servieres; le dareis las señas mas exactas que os sea posible del atrevido pirata que se ha atrevido á acometer á una embarcacion francesa.

Servieres. Soy con vos, mi general. (*Mira á Eduardo que le devuelve su despreciativa mirada y vase con el almirante.*)

ESCENA XVII.

EDUARDO. *Despues* CLOTILDE.

Eduardo. (*Siguiéndole con la vista.*) Con que es ese el caballero de Servieres, ese rival que viene á arrebatarme lo que mas amo en el mundo! Ah! su vista solo escita en mí un ódio que no puedo ocultar.

Clotilde. (*Saliendo de la habitacion de su tia.*) Eduardo, decid, qué es lo que pasa? Mi tia ha entrado en su habitacion pálida, deshecha en llanto.

Eduardo. No lo sé; acabo de llegar.

Clotilde. Al verla tan desconsolada he querido arrojarme en sus brazos; pero me ha rechazado, esclamando, «no habré venido al mundo mas que para sufrir?» Esto y algunas palabras inconexas que ha pronunciado despues, me hacen presentir la pérdida de nuestras esperanzas.

Eduardo. Ah! debia yo esperar otra cosa? Y á la verdad; qué soy yo para poner mis ojos tan altos y para entrar en lucha con el caballero de Servieres? si el hijo de un marinero ha obtenido vuestro favor, olvidará el almirante la distancia que nos separa, vuestra tia misma...

Clotilde. Eduardo, dudareis de la condesa!... Oh! el pesar sin duda os hace hablar así.

Eduardo. Soy un ingrato! olvidar el cariño que el cielo me ha concedido! yo que daria mi vida por ahorrarla una lágrima!... por ella misma es por lo que mi deber me ordena, querida Clotilde...

Clotilde. No hacer nada que pueda causarla disgusto ni á ella ni á mí. (*Le tiende la mano que Eduardo lleva á sus labios.*)

Van-Broust. (*Saliendo.*) Hum! un navío á la vista.

Clotilde. (*Huyendo.*) Ah!

ESCENA XVIII.

EDUARDO. VAN-BROUST.

Eduardo. Mi padre!

Van-Broust. Sí, tu padre que llega al abordaje á muy mal tiempo, no es esto?

Eduardo. No; no creais...

Van-Broust. Voto al chápiro: yo creo lo que veo... Y no necesito tener la vista muy clara para conocer la linda corbeta que acaba de largarse de aquí viento en popa; y en cuanto al pabellon... por Dios vivo!... que si es el que me ha parecido, no te está bien lo que haces; no por cierto, señorito.

Eduardo. Qué decís?

Van-Broust. Voto á tal! La sobrina de mi almirante! Alto ahí, que eso es sagrado! y si yo hubiese visto á otro que á tí abusar de la confianza de su bienhechor en su propia casa, tratando de seduccion...

Eduardo. Deteneos, padre! Qué idea teneis formada de mí? Es verdad que amo á la señorita Clotilde con toda mi alma, pero este amor es tan puro como el corazon de la que me lo inspira! Dios es buen testigo, y la misma condesa.

Van-Broust. La condesa? Sabe ella que tú amas?...

Eduardo. Y no me ha rechazado, pero el conde lo ignora, y si llegase á saberlo todas mis esperanzas se estrellarian contra su voluntad de hierro.

Van-Broust. Es probable, porque no es muy fácil de gobernar, y no se le hace hacer ni mas ni menos que lo que quiere: sin embargo, mocito, tú, despues de todo, no eres cosa de desdeñar; no eres nada ahora, es verdad; pero puedes llegar á ser alguna cosa: por el pronto á estas fechas sabes tres veces mas que él, segun confesion propia y además tienes valor y paciencia.

Eduardo. Y ambicion; sí, la tengo por ella. Así, pues, querido padre, dejadme probar fortuna, dejadme marchar con vos.

Van-Broust. Partir... tú? Cómo?

Eduardo. Como simple marinero, si es necesario.

Van-Broust. Vaya... vaya... tú estás loco.

Eduardo. Oh! tú lo has dicho, padre mio, llegaré á ser algo ó moriré en la demanda.

Van-Broust. Morir! buena es esa! no faltaba mas. Háse visto el ingrato, despues de los malos ratos que uno se ha dado por él... quererse esponer así por antojo á las tempestades y á las balas de cañon...

Eduardo. Pero esos peligros, padre mio, los has arrostrado tú toda la vida...

Van-Broust. Oh! yo... es muy diferente. Las rachas de viento me conocen ya, respetan mi edad y mis años de servicio, mientras que á tí, pobre niño... Vamos, no hablemos mas de eso... La idea solo de verte en peligro me volveria el mas caco y miedoso de los pasajeros.

Eduardo. Oh! padre mio! yo te lo ruego.

Van-Broust. Y yo te mando no pensar mas en eso, tengo otra idea... además, cuando se ha combatido á enemigos de los mas respetables y cuando se ha metrallado á corsarios y harponeado ballenas, bien puede probar uno el echar anclas en... no te digo mas... abracémonos... Valor y no hacer tonterías: tu padre está de vigia, recoge velas y déjame á mí; hasta la vista, muchacho.

Eduardo. Hasta la vista, padre mio. (*Se separan.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una sala en casa de Servieres.—Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

KERCADEC *solo, tendido en un canapé.*

Por fin poseo un negro!... El almirante me ha destinado al servicio del caballero de Servieres agregándome en clase de auxiliar uno de los morenos de la plantacion... He escogido al mas fuerte... á Bambullat, y estoy muy contento de sus buenas cualidades... á pesar de que acaba de jugarme una!... Me descuidé con él, le dejé que tuviera cuidado de mi almuerzo, y se le ha comido el bribon!... Pero no es eso lo malo... sino que cuando he ido á reprenderle me ha contestado con sorna: «Buen negro comerse la comida de buen amo... estar muy rica la comida del amo...» Estimando!... y yo me he visto precisado á comerme el almuerzo del negro!...— Pero qué idea le ha dado al almirante de destinarme al servicio de este matasanos jubilado? (*Servieres aparece sin ser visto de Kercadec.*) En primer lugar, el tal señor es muy feo... y tiene una catadura... no sé por qué no me fiaria yo de tal sugeto... Además me parece que ha de ser avaro y tacaño... me ha visto echar el sain por servirle, y no ha sido siquiera para decirme... «Kercadec, vén aquí, pobre-

cillo, debes estar reventado...» «Verdad es que lo estoy, señor matasanos...» «Pues aquí tengo yo un buen rom añejo de la Jamáica!...» Porque es verdad que lo tiene el muy solapado!... ahí!... en un armario!... «Kercadec, este rom es muy rico!...» «Pues dejad que le tome el gusto, señor matasanos... vereis qué paso lleva.»

ESCENA II.

KERCADEC. SERVIERES.

Servieres. (*Que ha cogido una botella y un vaso del aparador.*) Cúmplase la voluntad del señor Kercadec.
Kercadec. (*Incorporándose en su asiento.*) Eh?
Servieres. (*Ofreciéndole el vaso.*) Aquí estoy dispuesto á serviros, jóven.
Kercadec. Cómo decis?
Servieres. (*Echándole de beber.*) A vuestra salud, señor Kercadec.
Kercadec. A la vuestra, matasan... señor caballero.
Servieres. Os parece de bastante edad?
Kercadec. Sí... (*Saboreando el rom.*) y aun me parece que ha vivido demasiado... (*Se lo bebe de un trago.*) Uff!... (*Ap.*) Ya le conocia yo.
Servieres. Ya veis que no soy tan roñoso como á primera vista parezco.
Kercadec. (*Ap.*) Me ha oido! (*Alto.*) Quién es el que se ha permitido decir?...
Servieres. Está bien: servidme con exactitud y no tendreis por qué quejaros.
Kercadec. Perdonad... pero despues de un dia de tanto trabajo...
Servieres. No quiero mas sino que hableis.
Kercadec. Oh! para eso estoy siempre dispuesto... jamás tengo entumecida la lengua.
Servieres. Tengo necesidad de conocer la gente que rodea al almirante: decidme, quién es ese jóven... ese secretario?
Kercadec. El señor Eduardo?... es un mozo de mérito... hará camino...
Servieres. Hace tiempo, segun me han dicho, que habita en el fuerte?

Kercadec. Unas veces en el fuerte y otras aquí... Sus libros, sus pinturas y sus armas están todavía en esa habitacion. (*Señalando á la derecha.*) Es el que vigila la plantacion.

Servieres. Será, sin duda alguna, muy amable con esas señoras?

Kercadec. Oh! sí; y con todo el mundo... escepto conmigo... Oh! el farsante!... no le perdono el chasco que me ha jugado... Figuraos que con pretesto de hacer mi retrato, me hizo tender...

Servieres. Y bien?

Kercadec. Oh! hipócrita!... y mientras que prestándome yo á ello, me dormia de la mejor fé del mundo, sabeis qué hacia?... retrataba á la señorita Clotilde.

Servieres. Ah!

Kercadec. Oh!... una figura deliciosa! decir que yo era como aquella...

Servieres. (*Ap.*) Empiezo á comprender... (*Alto.*) Y qué sucede ahora en casa del gobernador?

Kercadec. Os confieso que no es por haceros favor; pero desde vuestra llegada todo ha cambiado de pies á cabeza... La condesa se ha encerrado para llorar á solas... la señorita Clotilde no se oculta para hacerlo delante de todo el mundo... En cuanto al señor Eduardo, le he visto corriendo como un loco por el jardin, mientras que su padre gritaba detrás de él llamándole...

Servieres. Quién es su padre?

Kercadec. Van-Broust, un marino holandés, francés, hotentote ó yo no sé de qué tierra... yo le ví ahí... parado... casi aturdido... y gruñendo entre dientes. «Pobre mozo! decir que es el pícaro amor el que me le ha puesto en ese estado!»

Servieres. Hola!... y despues?

Kercadec. Despues?... se marchó á buscar al almirante.

Servieres. Al almirante! y es cierto que ese hombre tiene influencia sobre él?

Kercadec. Toma!... ya sabeis... de marino á marino! como se dice; él no tiene mas que... el ancla... pero se la echa bien, oh! se la echa bien. (*Va á sentarse.*)

Servieres. (*Ap.*) Me alegro de saber esto; convendrá que yo conozca á ese hombre. (*Alto.*) Ahora vete al puerto á buscar el resto de mi equipaje.

Kercadec. Yo?... y quereis que yo mismo vaya...

Servieres. (*Bruscamente.*) Vamos, arriba y despachemos.

Kercadec. (*Ap. y levantándose.*) Oh!... y cómo ha cambiado de tono! y eso que me llamaba señor Kercadec.

Servieres. Y bien?

Kercadec. Allá voy... (*Ap.*) Si creerá que me voy á derrengar... Mandaré á Bambullat y á los demás. (*Vase.*)

ESCENA III.

SERVIERES.

El padre, segun parece, tambien se entretiene en proteger ese amor! Sea en buen hora! Sostendré la lucha con todo el mundo y hallaré recursos para ello... ya que la casualidad me ha hecho dueño de un secreto de que dependen el honor y la vida de una mujer... Y en verdad que ya era tiempo!... (*Sacando una cartera de un cajon.*) Errante de colonia en colonia por escapar de mis acreedores y de sus garras, no me quedaban mas, para sostener mi nombre, mi lujo en fin, toda mi vida de vicios y desórden, que una treintena de miles de libras, sustraida con pena á esos harpías. Pero qué era esa mezquina suma?... Felizmente tengo otro tesoro! (*Enseñando la cartera.*) Hé aquí lo que son las rarezas de la suerte... Estos papeles que yo habia cojido indiferentemente y como de ningun valor, se han convertido en títulos inestimables... Son una recomendacion muy poderosa para mi solicitud de matrimonio... un talisman que me valdrá vuestra sumision, señora condesa! A ella que esta mañana se mostraba tan orgullosa, me la veo ahora toda trémula, escapándose furtivamente de la casa conyugal, y temiendo que sus pisadas se conozcan en la arena, dirigirse hácia la del que detesta, porque tiene necesidad de obedecerme... y vendrá sin duda alguna... Pero Dios me perdone! esta confianza me hace olvidar los deberes de todo galante caballero... Vamos á su en-

cuentro... y evitemos de asustarla antes de que sea tiempo. (*Vá á salir.*)

ESCENA IV.

SERVIERES. KERCADEC.

ervieres. Cómo! estás todavía aquí? No has ido al puerto?

ercadec. Calma, señor; teneis el genio muy vivo... Habia muchos equipajes que traer... se ha traido parte... y luego se irá á buscar lo demás.

ervieres. Está bien; pero despáchate, porque dentro de un instante quiero estar solo: me entiendes?... Que no te encuentre yo aquí. (*Vase.*)

ercadec. Qué barahunda! Dios mio! (*Yendo á la puerta.*) Entrad vosotros.

ESCENA V.

KERCADEC *y algunos negros; despues* EDUARDO.

(*Los negros salen trayendo maletas y baules.*)

ercadec. (*Sentado y mirándoles.*) Oh!... qué bonito debe ser el deslomarse subiendo baules como esos!... Oh! ya... ya... yo no puedo mas... (*Viendo á los negros sentarse sobre los baules enfrente de él.*) Y bien, negritos mios, no me habeis comprendido? Es necesario llevar esos baules á ese lado. (*Señalando la izquierda. Los negros entran los baules.*)

duardo. (*Saliendo de la habitacion de la derecha.*) Qué es eso, Kercadec?

ercadec. El señor Eduardo! Qué os trae aquí, señor Eduardo?

duardo. Quiero hablar al señor de Servieres.

ercadec. Habeis venido por el bosquecillo?

duardo. Y por la escalera secreta. Ha salido Mr. de Servieres?

ercadec. Creo que no tardará en volver y me ha dicho que queria estar solo. (*Viendo á los negros que salen de la habitacion de la izquierda.*) Ah! habeis

concluido ya, perillanes... Vamos... canalla, salid y otra vez mas obedientes, ó sino... (*Saludando.*) Señor Eduardo... (*Bambullat le dá un puntapié.*) Oh!... pasa adelante... (*A Eduardo.*) Ved cómo hay que tratarlos.

ESCENA VI.

EDUARDO.

Sí... es una resolucion bien tomada... quiero hablarle con calma, con franqueza... le abriré mi alma... interesaré su honor, y si es un hombre honrado... me comprenderá... si por el contrario, rehusa... entonces... Pero alguien viene... Qué veo? Es la condesa que viene con él... Oh! que ella no me vea aquí. (*Entra precipitadamente en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA VII.

SERVIERES. LA CONDESA.

Servieres. (*Que sale el primero y mira á todas partes.*) Nadie!... ya se han marchado!... venid, condesa. (*Sale la condesa, está pálida y parece conmovida.*) Tranquilizaos, señora... nadie os ha visto... Cuán feliz soy por esta visita!... Sentaos... porque estais muy conmovida.

Condesa. Es verdad... (*Se sienta.*)

Servieres. (*Con dulzura.*) Os pido mil perdones por la molestia que os causo... pero necesitaba absolutamente hablaros á solas... debeis haber comprendido la impaciencia de mis deseos, alentados además por el conde... pues no debo negaros que al ver las gracias de la señorita Clotilde he sentido la mas violenta pasion.

Condesa. Ah! caballero...

Servieres. (*Idem.*) Como sois vos, vos únicamente la que dispone de su suerte, y por desgracia no he tenido la dicha de obtener vuestro consentimiento, quiero por todos los medios posibles hacer desaparecer cualquier prevencion contra mí.

Condesa. Caballero, tened la bondad de escucharme.

Desde ayer solo tengo el honor de conoceros... vuestros modales son los de un hombre de mundo... vuestras palabras anuncian un corazon leal y generoso... sois tal cual pareceis?... yo no puedo, no quiero dejar de creer que serán verdaderos los sentimientos que segun decis, esperimentais por mi sobrina... pero esa niña querida es huérfana: á nadie mas que á mí tiene en el mundo; yo respondo de su felicidad á Dios y á la memoria de su madre.

Servieres. Pues bien, señora, somos de un mismo modo de pensar, porque la felicidad de esa jóven es lo que deseo únicamente.

Condesa. Lo creo así; pero sed justo: esa jóven que apenas os conoce, puede amaros?

Servieres. No la pido su amor, señora.

Condesa. Cómo? pues qué quereis?

Servieres. Su consentimiento... el vuestro... Mi cariño sabrá vencer despues su frialdad. Para obtener aquel debeis ayudarme, á no ser, señora, que reserveis vuestra proteccion para otro pretendiente mas feliz...

Condesa. (*En tono de súplica.*) Y si eso fuera verdad?... Esta mañana ignoraba todavía vuestro nombre; mi marido nada me habia dicho aun... me creia libre para disponer de mi sobrina... y elegir al que me pareciese que podia hacerla dichosa, hay en esto algun crimen?

Servieres. (*Cambiando de tono y levantándose.*) Ah! muy bien, jugamos á cartas vistas, segun veo. Acepto la partida á fé mia, porque me fastidiaba ser tan amable.

Condesa. (*Levantándose.*) Qué quereis decir!

Servieres. Que me habeis comprendido perfectamente esta mañana; que mi relacion ha despertado nuestros recuerdos y que esa mujer de quien he hablado... la heroina de aquella misteriosa aventura érais vos, señora, sí, vos.

Condesa. Caballero!

Servieres. Espero que no desmentireis, ni esa semejanza, ni ese temblor que os hace traicion, ni tampoco el nombre de Amelia con el que están firmadas vuestras cartas.

Condesa. Mis cartas...

Servieres. Si, las que le escribísteis á él...

Condesa. Cielos!

Servieres. Las tengo todas.

Condesa. Vos?

Servieres. Yo: bien hice en guardarlas.

Condesa. Oh! no es posible... esas cartas no existen.

Servieres. (*Enseñándoselas.*) Miradlas!

Condesa. Dios mio!... Pero cómo las habeis adquirido?

Servieres. Cómo?...

Condesa. Si... cómo...

Servieres. El desgraciado... de quien me habia hecho amigo... me las entregó en depósito antes de emprender el viaje que ocasionó su muerte.

Condesa. Desventurada de mi!

Servieres. Ahora, son armas terribles... son las pruebas de una falta...

Condesa. Ah! caballero! yo era libre cuando las escribí.

Servieres. Es verdad, señora; pero el secreto que habeis guardado al casaros...

Condesa. Ah! señor, he pensado morir de vergüenza y de desesperacion. Veinte veces he querido hablar ó escaparme, pero mi padre, queriendo ocultar mi deshonra y asegurarme un rico casamiento, no temió emplear la fuerza; si, caballero, la fuerza, aun cuando me veia arrastrarme á sus pies; y á pesar de estas violencias, cuando el mismo dia del matrimonio me vió dispuesta á confesarlo todo, cogió un arma y delante de mi, si, delante de su hija, me amenazó con quitarse la vida si no le juraba sepultar en mi corazon ese secreto. Pues bien, á pesar de ese horroroso juramento, yo hubiera declarado toda la verdad á mi esposo... pero temiendo su furor, me ha faltado el valor... Esa confesion era mi decreto de muerte.

Servieres. Y lo será todavia, señora.

Condesa. En nombre del cielo, caballero, esas cartas que cayendo en poder de mi esposo destruirian la felicidad del hombre que llamais vuestro amigo, es necesario destruirlas ó volvérmelas.

Servieres. Volvéroslas?... esa es mi intencion, condesa.

Condesa. Ah! sois generoso, ya me lo figuraba, tened piedad de lo que he sufrido... gracias... gracias.

Servieres. Si, tened confianza, señora, en vuestro apasionado sobrino.

Condesa. Cómo? qué decís?

Servieres. Que todas estas cartas estarán á vuestra disposicion el dia de mi casamiento.

Condesa. Y seriais capaz de abusar?...

Servieres. El amor le hace á uno capaz de todo.

Condesa. El amor!

Servieres. (*Con tono persuasivo.*) Comparad lo poco que os pido con lo mucho que os ofrezco. Si os negais... tres líneas bastarán para enterar de todo al montaráz Saint-Renan... y entonces, cómo protegereis á vuestra sobrina? Si por el contrario, escuchais la razon, anunciais á Clotilde que este casamiento está irrevocablemente decidido. Al principio llorará; pero despues se resignará, alejais á un rival que yo no quiero conocer, y dais á la niña un marido que vale tanto como cualquiera otro. Yo por mi parte en firmando el contrato, entrego á mi buena tia un depósito que parece inquietarla: cesan los temores para ella y la desesperacion para mí; lo pasado no existe ya, los recuerdos se borran y vivimos en la mejor armonía del mundo... Y bien, estais convencida?

Condesa. (*Suplicante.*) Caballero!...

Servieres. (*Con tono seco.*) Es mi ultimatum.

Condesa. (*Levantándose.*) Jamás!... jamás!

Servieres. Cómo?

Condesa. Sacrificar la felicidad de esa niña y el leal corazon que la ama á mi miserable existencia!... yo cuya vida no es mas que un prolongado suplicio, me humillaria ante vuestras amenazas, condenaria á la desesperacion á todos aquellos que amo y cuya suerte me ha sido confiada?... No, caballero, no... me sonrojo de haber venido aquí, y me indigno contra semejante tiranía!... Sea, pues; vos podeis perderme, pero yo os desafio á envilecerme á mis propios ojos, y á mi vez no perderé á mi sobrina, sacrificándola á un miserable como vos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

SERVIERES. *Despues* EDUARDO.

Servieres. (*Guardando la carta en la cartera.*) Qué noble arrebato!... pero paciencia!... cuando se acerque el peligro y se vea á merced mia... sola... sin apoyo... sin proteccion...

Eduardo. (*Que ha venido á colocarse delante de él.*) Monsieur de Servieres! sois un miserable!

Servieres. (*Retrocediendo.*) El secretario!

Eduardo. La suerte ha hecho caer en vuestras manos una correspondencia que puede perder á la condesa, y os quereis servir de ella como de una amenaza...

Servieres. Y aunque eso fuese verdad, caballero... a qué venis?...

Eduardo. A haceros renunciar á ese vergonzoso proyecto...

Servieres. Y tambien al casamiento, no es eso?... ya comprendo vuestra virtuosa indignacion... Bien jugado, señor mio... no sois torpe... En este mundo, cada cual mira por lo suyo...

Eduardo. Qué quereis decir?

Servieres. No se engañaban al calificaros de ambicioso... sois el protegido de la tia y de la sobrina... La dote es muy crecida, y...

Eduardo. Miserable!...

Servieres. Poco á poco, y no nos arrebatemos...

Eduardo. (*Dominándose.*) Sea... pero tratad de comprenderme... No es un rival el que os habla en este momento, es el sosten, el vengador de una generosa dama... el único socorro que puede esperar...

Servieres. Y venis en su nombre á amenazarme con un desafio... por desgracia, señor secretario, yo no me dejo intimidar... no me bato.

Eduardo. Será verdad?

Servieres. La partida no es igual... Soy rico, vos pobre: vos no teneis nombre y yo soy caballero... por tanto, no me bato con vos.

Eduardo. Oh! ya os decia yo bien, que érais un cobarde.

Servieres. Insultos!... salid.

Eduardo. Todavía no... (*Cierra la puerta del foro.*)
Servieres. Pero... qué quereis?
Eduardo. Vais á saberlo... Habia venido aquí, con intencion de interesar vuestro honor, era bien ridículo ¿no es verdad? y en el caso de que me hubiérais rechazado, queria en efecto, proponeros un duelo... pero despues de lo que os he oido, estoy seguro que le rehusareis, porque en efecto la partida no es igual, pues un infame como vos, no es digno de un combate leal.
Servieres. Y entonces qué quereis hacer?
Eduardo. Recobrar esas cartas, de grado ó por fuerza.
Servieres. Tengo curiosidad de saber cómo las vais á recobrar.
Eduardo. (*Sacando una pistola del bolsillo.*) Si no me las entregais al instante, os abraso el corazon.
Servieres. Desventurado!... (*Retrocediendo.*)
Eduardo. Ah! creeis que se puede impunemente deshonrar á una mujer, atentar á la existencia de otra, diciendo despues á su defensor, «yo no me bato...» no, no, la perfidia, la traicion son vuestras armas, hé aquí las mias!... y no penseis que se trata de una mera amenaza: yo no tengo nada en el mundo, ni temo nada tampoco por los que en él amo, así pues, no os movais ni trateis de huir, porque al primer movimiento, os mato.
Servieres. Vamos á espacio, jóven! muy bien... recibid mi enhorabuena... en esto de intimidaciones os cedo la palma...
Eduardo. No os chanceis, tengo la conciencia de lo que hago... la accion que cometo por muy noble que sea el objeto, es odiosa y repugnante, ya lo sé... pero he jurado salvar, no me importa á qué precio, el honor y la vida de la mujer que quereis perder; y si llegase el horrible estremo de tener que mataros para recobrar esas cartas, yo me mataria despues. A vos os toca evitar estos dos crímenes.
Servieres. (*Ap.*) Diablo!... esto es sério... nadie hay aquí cerca que pueda venir en mi socorro... Si yo pudiese...
Eduardo. Concluyamos: esas cartas... entregádmelas al momento; pues por Dios y mi alma, que os las pido por última vez.

Servieres. Un instante. (*Ap.*) Este es un loco y lo hará como lo dice; vamos, resignémonos, y despues... todavía me queda una esperanza. (*Alto.*) Jóven, jugais demasiado fuerte para que yo trate de luchar con vos. (*Tomando la cartera y presentándosela.*) Aquí están esas temibles cartas... devolvédselas á la condesa... La mano de su sobrina será el premio de tan valerosa conducta.

Eduardo. (*Tomando la cartera.*) Os engañais; Dios es buen testigo que no es por eso por lo que yo he venido aquí, y si alguna vez consigo esa dicha, que apenas me atrevo á esperar, será por mi amor solamente por lo que le habré merecido. Quedad con Dios.

Servieres. No... no, esperaos... soy yo quien os deja el puesto... Este pabellon que ocupábais antes que yo, os le devuelvo... como os devuelvo todos los demás derechos que habia venido á disputaros.

Eduardo. Cómo?

Servieres. Cuando soy vencido... tengo por sistema resignarme por completo... qué diablo, ó es uno hombre de mundo ó no... Conozco mi posicion en la familia... y en ella no mejorará... por lo tanto mañana recibiré una carta muy apremiante que me llamará á la Habana y os encontrareis completamente desembarazado de mi rivalidad.

Eduardo. Qué decís?...

Servieres. Mi primer paso, será suspender el arreglo de la casa. (*Alejándose.*) Sed dichoso, jóven! (*Volviéndose á Eduardo que está sorprendido.*) Sed dichoso. (*Vase.*)

ESCENA X.

EDUARDO.

He salvado á la Condesa! qué dicha poderla volver estas cartas! cuál debe ser su ansiedad!... Apresurémonos, pues... (*Va á salir y se detiene.*) Pero cómo decirla que sé su secreto? sería obligarla á que se ruborizara delante de mí. Oh! no, eso no puede ser! Pero... ah! qué idea!... si, esto es. (*Saca el paquete de cartas de la cartera y se sienta delante de la mesa*

despues de haberse guardado la cartera.) Cuatro líneas anónimas le instruirán de que un amigo leal se ha hecho dueño de estas cartas para devolvérselas, y que ahora nada tiene ya que temer... La enviaré este paquete bien cerrado y sellado por un hombre de confianza y... (*Durante estas palabras ha sellado el sobre de la carta con las otras.*) Alguien viene... Cielos!... El general con la Condesa. (*Guarda precipitadamente el paquete de cartas.*)

ESCENA XI.

EDUARDO. EL ALMIRANTE. LA CONDESA.

Almirante. Cómo es esto? no hay nadie que anuncie mi visita? (*Viendo á Eduardo.*) Toma, sois vos, Eduardo?... yo que os he buscado por toda la casa... y estábais aquí?

Condesa. (*Ap.*) El!

Eduardo. (*Turbado.*) Sí... en efecto... Señor... ya yeis.

Almirante. Qué haciais?

Eduardo. Yo... habia venido... hasta aquí... paseándome...

Almirante. Toma!... como mi mujer á la que he encontrado tambien á poca distancia y á la cual he rogado que me acompañase para ver si le faltaba alguna cosa á nuestro huésped; y dónde está el caballero de Servieres?

Eduardo. Lo ignoro... yo... yo no le he visto.

Almirante. Qué diablos teneis, amigo mio? advierto en vos algo de particular...

Condesa. Amigo mio... si casi le habeis regañado.

Almirante. Es muy posible!... Estaba tan incomodado de no hallarle para anunciarle una gran noticia.

Eduardo. Una noticia!

Almirante. Sí, voto al diablo!... y muy importante para vos... señor ambicioso... á quien devora el deseo de hacer fortuna... Y es muy natural, cuando los medios son honrados... Vuestro padre, que en otro tiempo me ha prestado grandes servicios, no ha querido nunca, el muy testarudo, que haga nada por él. Es el orgullo personificado. Yo no tenia por con-

siguiente otro medio de manifestarle mi gratitud que hacer algo por su hijo, y yo que jamás he solicitado nada para mí, he pedido al ministro vuestro nombramiento de intendente de la colonia.

Eduardo. Será posible?

Almirante. Hace poco he recibido el despacho con mi correspondencia.

Eduardo. Ah! señor, cuánta bondad! cómo podré hacerme digno...

Almirante. Pardiez! continuando siendo como sois: un buen sugeto, aplicado, estudioso y sobre todo... acabando mis memorias.

Condesa. Ya no nos abandonareis. (*Bajo.*) Y quizá bien pronto otra esperanza...

Eduardo. Oh dicha!...

Almirante. Por fin, ya está aquí Servieres.

ESCENA XII.

LOS MISMOS. SERVIERES. MARINEROS: *Negros y criados.*

Servieres. (*Desde dentro.*) Venid todos, rodead la casa y evitar que nadie se escape.

Almirante. Qué es esto? qué pasa? Quereis hacerme prisionero, mi querido huésped?

Servieres. Ah! sois vos, General? Dios sea loado. Iba á mandaros llamar... Perdonadme. No es solamente un amigo el que os habla, es un habitante de la colonia que pide justicia y amparo á la primera autoridad, al Gobernador.

Condesa. (*Ap.*) Qué dice?

Almirante. Justicia y amparo?... esplicaos. A nadie he negado nunca ese amparo.

Eduardo. (*Ap.*) Qué significa?

Almirante. Ya os escucho.

Servieres. No hace tal vez media hora que se ha cometido un robo en esta casa.

Almirante. Un robo!

Eduardo. (*Ap.*) El miserable!... se atreve...

Almirante. Os han robado?... cómo... qué circunstancia?...

Servieres. Sentado cerca de esa ventana y desfallecido

por el calor del dia me quedé casi dormido. Un hombre se introdujo entonces en mi cuarto y me sustrajo una cartera que contenia treinta mil libras en bonos al portador.

Eduardo. Qué escandalosa mentira!

Almirante. Qué decís, Eduardo?... Sabeis vos acaso?...

Eduardo. Es que ese crimen me parece tan estraordinario...

Almirante. Y es cierto, caballero... porque es el primer suceso de esa clase que ha llegado á mi conocimiento desde que estoy aquí de Gobernador. Treinta mil libras decís?... Ah! es casi una fortuna... robado en una casa que me pertenece y servido por criados mios ¡voto á brios! no perdereis nada, caballero, porque yo respondo de esa cantidad: pero confio en que encontraremos al culpable, y si podeis reconocerle...

Servieres. Le conozco...

Almirante. Pues entonces nombradle! qué os detiene?

Servieres. Solo el temor de afligiros.

Almirante. Me interesa ese desventurado?...

Servieres. Bastante... y á la señora Condesa.

Almirante. No hay interés alguno que valga. Soy juez aquí, y jamás he tenido compasion para los criminales... Hablad, quién es?

Servieres. (*Designando á Eduardo.*) Miradle.

Eduardo. Yo?

Almirante. Eduardo!

Condesa. Es imposible, caballero.

Servieres. Yo diria como vos, Condesa, y desmentiria el testimonio de mis propios ojos, si todo el mundo no le hubiera visto introducirse aquí por la escalera secreta. Preguntad... (*Todos los presentes hacen una seña afirmativa.*)

Almirante. Y eso qué prueba? que Eduardo ha venido aquí. A mí tambien me ha sorprendido encontrarle; pero él nos esplicará su presencia... (*A Eduardo.*) Vamos, á qué habeis venido á la habitacion del caballero de Servieres?

Eduardo. No puedo decíroslo.

Almirante. Cosa singular!... Noté que estábais pálido, turbado, cuál era la causa? Eh!... hablad!... decid á

este hombre que ha mentido... ó creeré que una terrible tentacion de enriqueceros...

Eduardo. Ah!... señor!

Condesa. Ah! podeis suponer... (*A Eduardo.*) Hablad, Eduardo, esplicáos... soy yo quien os lo ruega.

Eduardo. Vos, señora?

Condesa. Si, yo... (*Bajo.*) Y tambien ella.

Eduardo. Ah!... os digo que no puedo.

Condesa. Ah!

Servieres. Hay un medio de probar que Eduardo es inocente: si tiene esos valores deben estar todavía en su poder... Que permita solamente que se le registre... yo me someto á esa prueba.

Eduardo. (*Ap.*) Ah! ya comprendo... lo que él quiere son las cartas para perder á la condesa.

Almirante. Cómo! registrar á este jóven?

Servieres. (*Al almirante.*) Sois juez, y no podeis rehusar mi peticion.

Eduardo. (*Ap.*) Gran Dios!... van á encontrar las cartas. (*Alto.*) Señor conde, evitadme esa humillacion.

Almirante. No tengo ese derecho, y me sorprende vuestra resistencia... (*Hace una seña á los negros.*)

Eduardo. Pues entonces, ya que es preciso... (*Sacando la cartera del bolsillo.*) Aquí está la cartera...

Todos. Ah!

Eduardo. Está vacía. (*La entrega al almirante.*) En cuanto á las treinta mil libras...

Almirante. (*Abriendo la vartera.*) Vedlas aquí!...

Eduardo. Justo cielo! era verdad!

Condesa. Eduardo!...

Almirante. Desgraciado!... Eduardo Van-Broust, daos á prision.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un salon en el castillo de Saint-Renan.—Puerta al foro y laterales: luces en la mesa de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA. CLOTILDE.

(*Clotilde escuchando á la puerta de la derecha que es el despacho del Almirante. La condesa sale preocupada, llega al medio del teatro y entonces vé á Clotilde.*)

Condesa. Clotilde!
Clotilde. (*Asustada.*) Mi tia!
Condesa. Qué haces ahí?
Clotilde. Queria saber si Eduardo estaba todavía en el despacho de mi tio.
Condesa. No, hija mia... ha sido conducido al pabellon pequeño.
Clotilde. Preso?
Condesa. Sí, preso, y ya no podrá mi esposo sustraerle á sus jueces.
Clotilde. Pero no es culpable, tia mia, no puede serlo.
Condesa. Dios le proteja, hija mia; Dios permita que pueda probar su inocencia!
Clotilde. Lo dudas?
Condesa. Ah! yo me confundo en mil conjeturas, porque desde aquel momento fatal no tengo otro pensamiento y digo como tú que es imposible que Eduar-

do, ese jóven tan noble, tan leal, haya tenido idea de cometer una accion tan vergonzosa...

Clotilde. Oh!... no... jamás... jamás...

Condesa. Pero, cuando recuerdo su turbacion... sus palabras vagas... incoherentes en el mismo instante que tenia en su poder los valores robados!...

Clotilde. Ah! no pronuncies esa palabra!

Condesa. Pobre niña! si hubieses estado allí, hubieras visto como yo su confusion delante de tu tio, como yo hubieses oido su confesion, llena sin embargo de resignacion y entereza.

Clotilde. Ah! aun cuando lo hubiese visto, aun cuando lo hubiese escuchado, mi corazon se hubiese revelado y habria rechazado esos testimonios... que no son muy seguros en un corazon tan generoso... Detesta á Mr. de Servieres, asi como yo, y comprendo que un arrebato de cólera le acometiese... pero robarle villanamente... con tanta cobardía... nó... tia mia... nó... aun cuando le hubiese visto con mis propios ojos... diria siempre que me habia engañado, que no era él... que aquel no podia ser él...

Condesa. (*Abrazándola con efusion.*) Niña querida!

ESCENA II.

LAS MISMAS. EL ALMIRANTE. *Despues* KERCADEC.

Almirante. Ah! vos aquí, señora, y vos tambien, Clotilde, llorando por él... Basta de lágrimas, porque no las merece... Kercadec... Kercadec...

Kercadec. (*Saliendo.*) Mi general?

Almirante. Dame la contestacion.

Kercadec. Qué contestacion?

Almirante. Cómo qué contestacion? La de los jueces: por qué me miras así como un tonto?

Kercadec. No os miro como tal, mi general... no me permitiria semejante cosa.

Almirante. Vamos... no te he entregado una carta?

Kercadec. Si, mi general.

Almirante. Diciendo al procurador general que viniese á tomar declaracion al preso?

Clotilde. Ah! (*Ap.*)

Almirante. Pues bien, esa carta?
Kercadec. Aquí está.
Almirante. Cómo que está ahí?
Kercadec. Oh! no se ha perdido, mirad.
Almirante. Desventurado! por qué no la has llevado?
Kercadec. Perdonad, mi almirante, vos me habeis mandado que ensillara un caballo...
Almirante. Y bien?
Kercadec. Le he hecho ensillar por mi negro... que solo ha tardado tres cuartos de hora... ¡uff! el animal está dispuesto... pero...
Almirante. Pero qué?
Kercadec. Yo no sé ir á caballo.
Almirante. Pues vete á pié, truhan.
Kercadec. A pié?
Almirante. Inmediatamente.
Kercadec. (*Ap.*) Vaya una carrera!... pues para esto no valia la pena de ensillar un caballo!
Condesa. (*Bajo á Kercadec.*) No te dés mucha prisa.
Kercadec. Ah! esto me acomoda mas...
Almirante. (*A Kercadec.*) Qué haces ya aquí?
Kercadec. Ya voy... mi general... ya voy... (*A la condesa.*) Os obedeceré, señora... (*Vase.*)
Almirante. (*A la condesa.*) Ha vuelto el criado que he mandado en busca de Van-Broust?
Condesa. Todavía no...
Almirante. Pobre viejo!... cuán grande será su pesar al saber... y el mio tambien, voto al chápiro!... me tiene este asunto sin sosiego.
Un criado. Señor, aquí está el contramaestre.
Almirante. Por fin... que entre... y vos, señora, dejadnos solos.
Condesa. (*A Van-Broust al salir.*) Ah! amigo mio! (*Vanse la condesa y Clotilde, echando una mirada de conmiseracion á Van-Broust.*)

ESCENA III.

EL ALMIRANTE. VAN-BROUST.

Van-Broust. Qué tiene la condesa? me parece mas triste que de ordinario...

Almirante. Es posible.

Van-Broust. Y vos, general, tambien me pareceis mas mal humorado que de costumbre...

Almirante. Es muy posible.

Van-Broust. (*Ap.*) Ya entiendo... habrá habido terremoto... y duran todavía las oscilaciones.

Almirante. (*Ap.*) Pobre diablo! no sé cómo enterarle!

Van-Broust. Es porque os he hecho esperar?... Qué diablos!... ya sabeis que cuando estoy en el puerto... y en fin... ya estoy aquí... presente, á la órden, mi almirante.

Almirante. No te han dicho nada?

Van-Broust. Y qué queriais que me dijesen?... hay alguna cosa que me interese?

Almirante. Si, ven acá, mi antiguo y valiente camarada.

Van-Broust. General, cuando me hablais con esa dulzura, teneis que darme alguna mala noticia. Con tal que no sea respecto al muchacho...

Almirante. Justamente, se trata de tu hijo.

Van-Broust. Heé?... ah! diablo!... ya sé lo que es... lo sabeis todo, y estais furioso...

Almirante. Cómo! tú tambien lo sabias ya?

Van-Broust. Si... se le escapó el secreto... Le eché una reprimenda... pero qué quereis?... Tambien teneis vos parte de culpa.

Almirante. Yo?

Van-Broust. Dejar reunidos... á un buen mozo y á una jóven bonita... cuando se interesa una vez el corazon... Es verdad que él debia haberse abstenido, porque no es un amorcillo cualquiera la sobrina de un almirante.

Almirante. Qué es lo que me cuentas?

Van-Broust. Oh! es que el marino Van-Broust, no se chancea con el honor... y lo tiene probado... Escuchad, mi general, yo me le llevaré por algun tiempo; y quién sabe, mediante Dios, podrá distinguirse, hacer fortuna y volver digno de ella.

Almirante. Ah! desgraciado! qué es lo que me dices? y en qué momento!... él, enamorado de mi sobrina!... pero yo ignoraba...

Van-Broust. Que lo ignorábais? Pues entonces, qué teneis y qué es lo que pasa? Ah! Dios mio! le habrá

sucedido alguna desgracia? Si es verdad, decidmelo pronto... arrojad la bomba de una vez... veamos... se ha roto un brazo... una pierna?... todavía mas... muerto quizá?...

Almirante. Ah! voto al infierno!... valdria mas que así fuese...

Van-Broust. Me dais miedo... á mí que no tiemblo jamás... Esperad... decís que valdria mas que hubiese muerto?... qué es pues lo que ha pasado aquí?... qué cosa es esa tan espantosa?

Almirante. Tú lo has dicho... espantosa... porque tu hijo, pobre Van-Broust, sea que la ambicion y la manía de enriquecerse, ó ese amor de que me has hablado, le haya vuelto el juicio, ha cometido una accion vergonzosa.

Van-Broust. El!

Almirante. Un crímen... el mas feo de todos... un... robo.

Van-Broust. Eh?... qué decís?

Almirante. Digo que tu hijo Eduardo ha robado una cartera que contenia treinta mil libras.

Van-Broust. (*Tranquilamente.*) Eso no es verdad.

Almirante. No hay duda, Van-Broust... se ha encontrado encima de él la cantidad robada...

Van-Broust. Os digo que eso no es verdad.

Almirante. Pero, si yo estaba allí!... voto á tal! si yo lo he visto.

Van-Broust. Os han hecho creer que lo veiais: ya no teneis muy buena la vista, general.

Almirante. Mil bombas! te repito que estaba yo allí, cuando el miserable ha confesado el robo.

Van-Broust. Quién?

Almirante. Tu hijo.

Van-Broust. El no le ha confesado.

Almirante. (*Exasperado.*) Oh! es cosa de arrancarse los pelos... (*En voz baja.*) Y si yo te dijese lo que nadie sabe... que estaba armado para cometer el crímen...

Van-Broust. Armado?

Almirante. Uno de de mis criados ha encontrado en el camino que conducia á la habitacion del robado una pistola que he reconocido al instante... y que está ahí en mi secreter... todavía cargada... me creerias entonces?

Van-Broust. Es falso.

Almirante. Desventurado! Dás un mentís á tu almirante?

Van-Broust. No hay almirante que valga! Hacedme arrestar, echar á la bodega, colgar del palo mayor, estais en vuestro derecho; pero al que llame á mi hijo en mi presencia miserable ladron, almirante, rey ó lo que fuere, le diré que miente.

Almirante. (*Levantando el baston*) Ah!... dá gracias á que me acuerdo de tus servicios, y sobre todo á que comprendo lo que debes sufrir en este momento.

Van-Broust. Nó, general, nó... vos no podeis comprenderlo...

Almirante. Crees por ventura que soy de hierro y que aquí debajo no late un corazon?... pues bien... te engañas... quiero á tu hijo... y mil veces he deseado tener un hijo que se le pareciera...

Van-Broust. Para qué queriais mas!

Almirante. He hecho por él, lo que jamás he hecho por mí... he solicitado... y cuando he recibido la noticia de su nombramiento de intendente de la colonia, he tenido mas satisfaccion que si el rey me hubiera nombrado gran almirante de Francia.

Van-Broust. Es posible!... mi Eduardo, intendente de la colonia!

Almirante. Y en el momento que le anunciaba esa noticia y cuando le abria una carrera á su ambicion, entonces es cuando ese desgraciado rompe él mismo su porvenir, cubriéndose de oprobio, así como á su padre, por una accion que puede llevarle á galeras.

Van-Broust. Basta, general, basta... mirad que empezais á asustarme... y que me falta el valor para desmentiros... No, no; no es dolor lo que yo siento en este momento... es rábia... porque vos la sentis tambien... y os conozco, cuando teneis la cabeza acalorada no sabeis muchas veces lo que decis... pero ahora que me hablais con bondad... y veo que á pesar de vuestro genio duro, amais tambien á ese jóven... y que habeis hecho por él... en fin... cosa que prueban que... ahora digo... digo que es necesario que esteis completamente convencido del hecho... para que... para que le llameis miserable!..

(*Le ahogan las lágrimas.*) Perdonad... general... no hagais caso de estas lágrimas porque brotan á pesar mio...

Almirante. Ah! mil bombas!... no tengas vergüenza... porque yo mismo, si fuera posible que un almirante... pero, no... voto al demonio!... él no lo merece!

Van-Broust. Eso es lo que yo deseo saber... y lo sabré... todavía digo que eso no puede ser... y que hay alguna cosa secreta y quiero que me abra su corazon lealmente. (*Coje el sombrero y se dirige á la puerta.*)

Almirante. Dónde vas?

Van-Broust. Quiero verle... es preciso que me diga la verdad... y él me la dirá... dónde está, mi general?

Almirante. Encerrado en un cuarto del pabellon, esperando que se le conduzca á la cárcel del fuerte.

Van-Broust. A él, á mi Eduardo conducirle á la cárcel?

Almirante. Mañana por la mañana... á no ser que antes de esa hora pueda probar su inocencia.

Van-Broust. (*Despues de un momento de silencio y solemnemente.*) No habrá necesidad de conducirle á la cárcel, general.

Almirante. Por qué?

Van-Broust. Porque segun acabais de decir, si es inocente quedará libre...

Almirante. Y... si fuese culpable?...

Van-Broust. Muerto!

Almirante. Te entiendo... y en tu lugar... haria otro tanto... quédate aquí: voy á enviártele. (*El almirante vá á salir; llega á la puerta y deteniéndose vuelve y entrega una llave á Van-Broust.*)

Van-Broust. Qué es esto, mi general?

Almirante. La llave de mi secreter... ahí encontrarás lo que te hace falta. (*Vase.*)

ESCENA IV.

VAN-BROUST.

(*Llegando hácia el secreter.*) Si... aquí... la pistola con que estaba armado. (*Abriendo.*) Aquí está!.,. ah! Dios mio!... es necesario creerlo!... y bien! qué decia el general? que le mataria sin compasion!... y yo tam-

bien lo digo... y lo haré!... si... tendré valor suficiente!... es preciso!... pero quizá mi mano tiemble... porque no puedo olvidar que durante veinte años... ese niño ha sido mi alegria, mi orgullo... y Dios es testigo si he cumplido bien el voto que habia hecho de no vivir mas que por él... No importa... tú harás tu deber, Van-Broust... si no puede justificar esa abominable accion, le librarás de la infamia... es el postrer sacrificio que le debes... y despues del cual podrás ir á morir adonde el cielo quiera!... Aquí está ya... buen Dios!... valor!

ESCENA V.

VAN-BROUST. EDUARDO.

(*Eduardo es conducido por dos hombres que se quedan fuera. La puerta del foro se cierra.*)

Eduardo. Ah! por fin te veo, padre mio!... Doy gracias á Dios... pues tenia necesidad de verte, pero... por qué es ese aspecto tan sombrío?

Van-Broust. Por qué?... no lo adivinas?... acabo de ver al almirante.

Eduardo. Me lo sospechaba.

Van-Broust. Y sospecharás tambien lo que ha podido decirme?

Eduardo. Que han encontrado sobre mí, una cartera que contenia treinta mil libras.

Van-Broust. Eso no es cierto, no es verdad?...

Eduardo. Es verdad, padre.

Van-Broust. (*Levantando la pistola.*) Desgraciado!... sabes que este arma que tengo en mi poder es la misma que tú llevabas... porque ibas armado?

Eduardo. Si, padre mio.

Van-Broust. Ah!... que Dios me perdone!... es decir que confiesas... confiesas haber robado...

Eduardo. No... porque eso no es cierto.

Van-Broust. Que eso no es cierto!

Eduardo. Ah!... tambien lo habeis creido vos!

Van-Broust. No... no... Mira, Eduardo, acércate... Puedes mirarme frente á frente y estrechar mi ma-

no sin temblar, repitiendo eso que acabas de decirme. «Padre... yo no he robado esas treinta mil libras...» puedes?

Eduardo. Sí, padre mio... por la memoria de mi pobre madre que está en el cielo... te lo juro, soy inocente.

Van-Broust. (*Arrojando la pistola.*) Ah!... hijo mio! mi Eduardo!... me perdonas, dí, me perdonas?

Eduardo. (*Abrazándole.*) Padre mio!

Van-Broust. Ah! esto consuela!... Oh! cuánto lastre tengo de menos sobre el corazon.

Eduardo. Pobre padre!

Van-Broust. Pero cómo diablos tenias tú ese objeto sobre tí, no habiéndole cojido?

Eduardo. Te lo diré, padre mio, si quieres hacerme un juramento.

Van-Broust. Un juramento?

Eduardo. Yo sé que una palabra que tú dés, es sagrada.

Van-Broust. Oh! en cuanto á eso... un voto hecho por el honrado Van-Broust, dura tanto como él... ya lo he probado.

Eduardo. Pues bien, padre mio, júrame que jamás descubrirás el secreto ni el depósito que voy á confiarte...

Van-Broust. Heé?... qué es lo que me pides?...

Eduardo. Vacilas?

Van-Broust. Es que... jurar... así... antes de saber...

Eduardo. Quieres que guarde mi secreto?... entonces te dejo...

Van-Broust. No... dímelo todo... y yo te juro por todos los santos del cielo, por todos los patrones de los marineros que será como si nada supiese...

Eduardo. Gracias... padre, gracias... tú solo... tú sabrás la verdad... Ese hombre, el caballero de Servieres, mi rival, que ha venido á casarse con la señorita Clotilde, tenia en su poder cartas escritas por... una noble y generosa mujer, y la habia amenazado con servirse de ellas para perderla.

Van-Broust. Pero es un filibustero ese pícaro!

Eduardo. Quise tener esas cartas, y él me las entregó; pero la cartera que las contenia, encerraba tambien treinta mil libras en billetes.

Van-Broust. Y tú no sospechabas nada? y sin embargo el miserable te ha delatado como ladron?... Esta es la historia... Qué felicidad!... ya estás salvado, muchacho... ya no falta mas que decir eso á todo el mundo y publicarlo bien alto... por todas partes... y aun cuando yo tuviese que cojer mi bocina.

Eduardo. Padre mio!...

Van-Broust. Qué tonto soy!... yo no tengo necesidad de mezclarme en eso... ello se aclarará... los jueces tienen en su poder esos documentos?

Eduardo. No, padre mio: esas cartas las tengo yo aquí...

Van-Broust. Cómo?

Eduardo. Una vez dueña la justicia de los valores que buscaba no trató de averiguar si yo podria tener otros papeles: pero de un momento á otro pueden conducirme á la cárcel y allí, el registro será mas escrupuloso... Hé aquí esas cartas. (*Saca un paquete del pecho.*) Guárdamelas, padre mio, yo te lo ruego, hasta que pueda entregárselas á la persona á quien pertenecen: sobre todo no las enseñes á nadie y antes de deshacerte de ellas, destrúyelas, si es preciso.

Van-Broust. (*Teniendo el paquete entre las manos.*) Guardarlas?... destruirlas?... sin enseñarlas... sin esplicar...

Eduardo. Me has jurado...

Van-Broust. He jurado!... he jurado!... pero qué diablos, en aquel momento... yo no sabia... Escucha, muchacho... todo eso es muy santo y muy bueno: mas si allá fuera, delante de los jueces, ese vil sostiene su dicho, cómo probarás que ha mentido?

Eduardo. Obligado á prestar juramento delante de la justicia, no se atreverá en mi presencia...

Van-Broust. Sí, sí, eso le detendrá... para esas gentes, un juramento no es tan sagrado como...

Eduardo. (*Vivamente.*) Como para tí, padre mio.

Van-Broust. Sí... yo... diablo de juramento!... pero se trata de tu honor... y bien vale la pena de defenderle.

Eduardo. Pero no á precio de la honra de otro ni de su vida, quizá.

Van-Broust. Ah! mucho amas tú á esa mujer...

Eduardo. La amo... y la venero hasta el punto de sa-

crificarla mi vida... si... atiende, padre mio: antes que perderla, si no hubiese otro medio de evitar una esplicacion, me mataria, si, padre mio, me mataria!... Oh!... es que me parezco á tí, tambien tengo palabra... dime ahora si yo puedo volverte la tuya.

Van-Broust. Sea... ya no te hablo mas... Felizmente se me ocurre otro proyecto: está tranquilo.

Eduardo. Lo estoy; á Dios, padre.

Van-Broust. Me abandonas ya?

Eduardo. El almirante puede venir y no quisiera encontrarme con él, porque no sabria qué contestar á las preguntas que indudablemente me dirigiria... así pues, hasta la vista, padre mio... y buena esperanza.

Van-Broust. Si, muchacho; porque esta vida se parece mucho á una tempestad... desmantelado el navío, azotado por los vientos y las olas, parece próximo á hundirse en el abismo... pues bien, sigue la zozobra y la lucha... hace uno su confesion, y de repente luce una estrella y está uno salvado... Á Dios... (*Se abrazan y vase Eduardo.*)

ESCENA VI.

VAN-BROUST.

Jóven noble y generoso! decir que se dejará deshonrar teniendo tanto honor!... y yo tambien!... Sin el respeto necio que á pesar mio tengo á una palabra dada, arrancada tal vez... en fin... no importa... el secreto está amarrado aquí... (*Señalando al pecho.*) y nadie podrá... desatarle...

ESCENA VII.

LA CONDESA. EL ALMIRANTE. VAN-BROUST.

Almirante. Y bien, le has visto y le has dejado volver al pabellon?

Van-Broust. Si, mi general.

Almirante. Entonces has obtenido esplicaciones satisfactorias?

Van-Broust. Mas que eso, pruebas de su inocencia.
Condesa. Será posible?
Van-Broust. Oh! pero unas pruebas...
Almirante. Veámoslas... estoy ansioso de saberlas.
Van-Broust. Perdonad; eso no puede ser: lo siento mucho, mi general, pero es sagrado; sabedlo: no puedo decir ni enseñar nada...
Almirante. Por qué?
Van-Broust. Porque he prometido callármelo para mí.
Condesa. Cielos!
Almirante. Pues bastante hemos adelantado! Crees tú, pobre loco, que la justicia se vá á contentar con tu palabra?
Van-Broust. Oh! no, verdad es... pero tengo otro medio de arreglar las cosas... uno famoso!... y voy á ponerle en práctica.
Almirante. Y cuál es ese medio?
Van-Broust. Ir á buscar á ese infame bribon, y estrangularle sino se retracta.
Almirante. Cómo? de quién hablas? á quién llamas infame bribon?
Van-Broust. A vuestro caballero de Servieres.
Almirante. Te prohibo ante todo, tratar así á un caballero que es amigo mio.
Van-Broust. Amigo vuestro ó no, es un bribon.
Almirante. Ah!
Van-Broust. (*Animándose.*) Si, y si supiéseis como yo todo lo que ha hecho, no le llamaríais vuestro amigo.
Almirante. Sabes... sabes... Tú no sabes nada.
Van-Broust. (*Animándose cada vez mas.*) Bueno! bueno! basta! Os digo que sé mucho de ese miserable...
Almirante. Voto á! A tí te hacen creer todo lo que quieren.
Van-Broust. (*Id.*) Y á vos tambien... á vos, que tomais la defensa de ese miserable bandido.
Almirante. (*Encolerizado.*) Aquí no hay mas miserable ni mas bandido que el que roba el dinero de los otros para enriquecerse.
Van-Broust. (*Fuera de sí.*) Y al que hurta la correspondencia de una pobre mujer y quiere servirse de ella para perderla... á ese, cómo le llamais vos?
Condesa. (*Ap.*) Qué oigo, Dios mio!

Almirante. Cómo? quién es el que ha hecho eso?
Van-Broust. (*Id.*) Pardiez! vuestro protegido! pero aquí el que salva el honor de una desgraciada mujer obligando al pícaro á volverle esas cartas, ese es un infame!... y le llaman ladron si por casualidad en la misma cartera que arrancó al traidor hubiere dinero adquirido tal vez como las cartas!
Almirante. Qué es lo que dices?
Condesa. (*Ap.*) Qué oigo! era por mí... por mí!
Almirante. Ah!... eso es una historia... que tú inventas.
Van-Broust. Es verdadera... tengo las pruebas.
Almirante. Tú tienes esas cartas?
Van-Broust. Sí.
Almirante. Veámoslas.
Van-Broust. Oh! no... no... y mi secreto?... he prometido...
Almirante. Pero despues de lo que acabas de decir!...
Van-Broust. Yo! he dicho!... ah! es verdad... llévenme los diablos! vos teneis la culpa de esta falta, mi general... me contradecis siempre... le tratais de ladron, de infame á ese valiente jóven... Yo no puedo oir eso con sangre fria... se me arrebata la sangre... y entonces... hablo... hablo... sobre vuestra conciencia va todo.
Almirante. Sea... mas supuesto que has empezado, acaba y enséñanos esas cartas.
Van-Broust. En cuanto á eso, no, mi general, ¡no! es lo único que me queda de mi secreto y lo defenderé como un depósito confiado á mi honor!
Almirante. Absurdo honor!
Van-Broust. Será verdad; pero el muchacho tendria derecho para maldecirme, y yo sería demasiado cobarde si comprometiese á una mujer cuando él arriesga su vida por salvarla.
Condesa. (*Ap.*) Noble corazon!
Almirante. Sin embargo: discurramos un poco.
Van-Broust. No, general, no discurramos mas: sabeis confundirme... y no quiero discurrir: yo digo á todo sí ó no. Pues bien: ahora digo que no...
Almirante. Eh! voto al diantre! si no te fias de mí, oye á la condesa á quien escuchas como un oráculo, y ella te dirá si tengo razon ó no, vamos, señora... hablad.

Condesa. (*Con esfuerzo.*) Si... señor Van-Broust... debeis escuchar al conde... Si la persona que ha escrito esas cartas, cualquiera que sea la falta ó la desgracia que puedan revelar... si esa persona, repito, ha conservado algun sentimiento de honor... no aceptará... no puede aceptar el heróico sacrificio de vuestro hijo, aun cuando esa revelacion debiese costarla el reposo... la misma vida. Así pues, Van-Broust, seguid los consejos del conde y dadle... dadle esas cartas.

Almirante. Lo ves!

Van-Broust. Sea pues, señora condesa, ya que esa es tambien vuestra opinion. (*Saca el paquete de cartas de un bolsillo.*)

Condesa. (*Ap. cayendo sobre un sillon.*) Ahora, Dios mio, tened piedad de mí!

Van-Broust. (*Ap. advirtiendo su turbacion.*) Eh?... pero qué tiene?... Esa palidez... va á ponerse mala. (*La condesa le hace señas para que se calle.*) Ah! ya comprendo!... necio de mí!

Almirante. Vamos á ver, te decidès por fin?

Van-Broust. Estoy completamente decidido, mi general.

Almirante. (*Alargando la mano.*) Enhorabuena.

Van-Broust. (*Retirando las cartas.*) Decidido á guardar mi palabra.

Almirante. Ah! renuncias... Pues bien... yo, tu general y tu gobernador te mando que me entregues esos papeles... sino yo te obligaré á ello por la fuerza.

Van-Broust. Ah! Sí? eso decis? Pues bien, venid á buscarlas ahora. (*Las quema á la luz de las velas.*)

Condesa. Ah!

Almirante. Qué haces, desventurado?

Van-Broust. Lo que he prometido... Destruirlas antes que entregarlas...

Almirante. Ah!... tú me provocas?... tú tambien te unes con los demás para engañarme?... porque hay en todo esto... un misterio... un arcano que ignoro, y que quiero descubrir! Qué secreto es ese?... Cuál es el nombre de esa mujer? Cómo Eduardo, que no conocia á Servieres, ha sabido que poseía esas cartas?... Ah!... yo lo aclararé... quiero ver al caballe-

ro Servieres! él solo puede instruirme... y desgraciados de todos aquellos que me hubiesen engañañado! (*Vase.*)

ESCENA VIII.

VAN-BROUST. LA CONDESA.

Van-Broust. Tranquilizaos, condesa, ese vil de Servieres se guardará bien de confesar su infamia... es de Eduardo de quien quiere vengarse y no de vos, y en esplicando el asunto malograria su venganza.

Condesa. Pero aun cuando él calle, puedo yo guardar silencio, y dejar correr una sospecha odiosa sobre vuestro noble y generoso hijo?... No, no, Van-Broust; yo hablaré, lo diré todo...

Van-Broust. Y qué conseguireis, señora?... Si la bomba estalla, yo conozco al general, y él que tan razonable es con los demás, no tendrá mas juicio que un loco... No os pregunto qué es lo que declaraban esas cartas, pero él verá cien veces mas de lo que sea, aunque en mi opinion, una mujer como vos no puede ser culpable.

Condesa. No, Van-Broust, no, jamás he faltado á mis deberes de esposa, lo juro... Mi falta, mi sola falta consiste en haber aceptado su mano, cuando yo no podia pertenecer mas que á otro que ya no existia.

Van-Broust. Qué me decís?

Condesa. Oh! aquel era un hombre de honor... y cuando supo que la falta no podia ocultarse, trató de repararla... pero ay de mi! Dios no lo permitió. La víspera del dia en que debia marchar á buscar á mi padre, murió asesinado entre las montañas que conducen de Lorient á Vannes.

Van-Broust. Asesinado en las montañas de Vannes! En qué época, señora? debeis saber el dia.

Condesa. Si, porque despues de veinte años, esa fecha fatal me persigue sin cesar.

Van-Broust. No fué el 20 de octubre de 1763?

Condesa. Lo sabeis vos?

Van-Broust. El nombre, señora, el nombre de aquel desgraciado jóven?

Condesa. El conde Leon de Esgriñy.

Van-Broust. Leon Esgriñy! justo cielo!

Condesa. Le conocisteis?... cómo?... en qué circunstancias?

Van-Broust. Ay de mí! no le ví mas que un momento cuando acababa de ser herido por el puñal de un cobarde asesino... En mis brazos exhaló el último suspiro.

Condesa. Ah! Van-Broust!

Van-Broust. Mi verdadero nombre es Valentin Rosiéres. Yo era sargento de guarda costas, en Lorient por la época en que ocurrió ese lamentable suceso. Una hermana mia, tan jóven como bella, fué burlada por cierto oficial del regimiento de la Reina que se hallaba de guarnicion en aquellas cercanías. Habiéndole yo echado en cara su delito al culpable, este, ciego é insensato, no tan solo desoyó mis ruegos para que reparara su falta, sino que llevó su insolencia hasta el escarnio, echándome de su habitacion y cruzándome el rostro con su látigo. Fuera de mí al sentir aquella afrenta, hice uso de mis armas y le dejé muerto á mis pies. Andaba yo errante y fugitivo por entre las rocas para librarme, cuando pasé por el sitio en que el infeliz Conde acababa de caer cosido á puñaladas.

Condesa. Oh! qué horror!

Van-Broust. Al ruido que hice, huyó el asesino... Quise trasportar al pueblo al herido á riesgo de ser descubierto y preso. «Es inútil, me dijo con debilitada voz... me moriria en el camino...» Tenia razon... porque la sangre salia á borbotones por las heridas... «Escuchadme... añadió, y juradme cumplir mi última voluntad...» Se lo prometí... y entonces... me dijo, lo que tal vez no sabreis vos, señora, que le habian robado la cantidad de 200,000 libras que llevaba consigo y que destinaba á su hijo... al vuestro...

Condesa. Mi hijo!

Van-Broust. Si, antes de embarcarse queria asegurar la suerte de aquel niño: se hizo acompañar de un miserable á quien habia confiado el secreto, y aquel infame fué quien le traspasó el corazon.

Condesa. El desgraciado se ocasionó así la muerte sin

salvar á su hijo de la miseria y de la muerte, á pesar de su generoso deseo.

Van-Broust. Qué decis, señora? Vuestro hijo...

Condesa. Pereció ahogado en el mar con la desventurada mujer á quien Esgriñy la habia confiado.

Van-Broust. Ah! pobre madre! quién os ha dicho eso?

Condesa. Una parienta que durante mi larga enfermedad, porque la desesperacion me volvió loca, no cesó de hacer indagaciones para descubrir á mi hijo. Averiguó por último, que la mujer de un pescador habiéndose quedado dormida á la orilla del mar con mi hijo en brazos, fué sorprendida por la marea que la sumergió con la pobre criatura.

Van-Broust. Os han engañado, señora... Que aconteciese ó no una desgracia semejante, no fué vuestro hijo el que pereció.

Condesa. Que no fué él... decis? pues qué, sabeis vos por ventura cuál ha sido su paradero?

Van-Broust Si lo sé! Si... Condesa, lo sé... Pero vos, vos... no teneis ninguna sospecha?

Condesa. Existe?

Van-Broust. Yo habia hecho un voto sagrado; habia jurado al conde criar á su hijo.

Condesa. Vos!... vos!... pero entonces es? es?... Oh! Dios mio! Eduardo?

Van-Broust. Sí, condesa, sí; Eduardo es vuestro hijo.

Condesa. Ah!... Dios me lo habia dicho! (*Se arrodilla, coje las manos á Van-Broust y se las besa con efusion.*)

Van-Broust. Qué haceis, señora?

Condesa. Ah! dejad que os dé las gracias de rodillas, á vos, su salvador despues de Dios!... dejadme besar esas manos que han ganado cada dia el pan para mi hijo!

Van-Broust. Ah! y yo á mi vez os ruego, querida señora, que os levanteis... Yo no he hecho mas que cumplir un juramento, y en ello he encontrado mi recompensa... Qué es lo que me ha sostenido? qué es lo que me ha dado valor, durante veinte años? El... ese niño que era mi sola felicidad, mi único consuelo en este mundo.

Condesa. Y no le habeis revelado jamás la triste suerte de su padre?

Van-Broust. Y para qué, señora? No tenia el derecho de llevar el nombre de Esgriñy, y el vuestro yo le ignoraba, porque en el instante en que el conde iba á nombraros, la sangre le ahogó y entregó su alma á Dios.

Condesa. Pero ahora es necesario que lo sepa todo... traédmele, Valentin, que yo pueda abrazar á mi hijo.

Van-Broust. Pero y el almirante?...

Condesa. Qué me importa? yo le diré toda la verdad!

Van-Broust. Y él os matará, señora.

Condesa. (*Con exaltacion.*) Que me mate; pero al menos moriré abrazando á mi hijo.

Van-Broust. Y quereis tambien que muera Eduardo?

Condesa. Qué decís?

Van-Broust. Que revelando su nacimiento atraeis sobre él la cólera del almirante.

Condesa. Cielos! mi hijo!

Van-Broust. Ese nombre en vuestra boca será la señal de su muerte.

Condesa. Ah! me helais de espanto! En su furor el conde es capaz de todo... Pero entonces, qué he de hacer? Dios mio!... cómo sustraer á mi hijo de esa infame acusacion?

Van-Broust. Silencio, señora... oigo la voz del almirante... En nombre del cielo... en nombre de vuestro hijo... dominad vuestra emocion!

ESCENA IX.

DICHOS. EL ALMIRANTE. SERVIERES.

Almirante. No he tenido necesidad de andar mucho, porque el caballero de Servieres se dirigia aquí, de lo cual me alegro infinito. Prefiero hablarle en tu presencia, Van-Broust y delante de tu hijo... á quien voy á hacer venir. (*Vase al foro á dar algunas órdenes y desaparece por unos instantes.*)

Servieres. (*Ap.*) Diablo! Yo hubiera preferido hablar antes con la condesa.

Van-Broust. (*Aparte sorprendido al ver á Servieres, á quien no cesa de mirar.*) Quién será este personaje?

(*Bajo á la Condesa.*) He oido bien, señora? llamais á este hombre?...

Condesa. El caballero de Servieres.

Van-Broust. (*Bajo.*) El!... ah!... mil bombas!... valor, señora condesa, ese miserable es el que debe temblar delante de vos.

Condesa. Por qué?

Van-Broust. Porque ese hombre es el asesino del conde de Esgriñy.

Condesa. (*Dando un grito.*) Ah!

Van-Broust. (*Acercándose á Servieres y en voz baja.*) Mauricio Verdier!

Servieres. (*Estremeciéndose.*) Eh!... ese nombre...

Van-Broust. Es el tuyo.

Servieres. Quién os ha dicho?

Van-Bronst. Ya lo sabrás: busca cualquier pretesto para salir y vete inmediatamente á la orilla del mar cerca de la capilla de los náufragos... yo estaré allí.

Servieres. Pero yo no sé, si...

Van-Broust. Vendrás, si ó no, Mauricio Verdier?

Servieres. Iré...

Almirante. (*Apareciendo.*) Venid, Eduardo!

Condesa. (*Adelantándose.*) Eduardo!

Van-Broust. (*Deteniéndola.*) Silencio, señora! (*Hace señas á Servieres de que se marche.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Rocas.—En el fondo la mar.

ESCENA PRIMERA.

Aparece Kercadec en una barca, tendido descuidadamente: un negro tiene el remo y hace avanzar la barca.

Kercadec. Aquí está bien... ya hemos llegado... uff! y no ha sido sin trabajo... Pícaro oficio!... Hacerme remar como un galeote!... (*Salta á tierra y mira alrededor.*) Aquí es donde la condesa me ha mandado venir á esperarla... yo no veo todavía á nadie... y no merecia esto la pena de haberme incomodado tanto... pero ya la veo y al señor Eduardo con ella... Loado sea Dios, pues ya está en libertad!

ESCENA II.

LA CONDESA. EDUARDO. KERCADEC.

Eduardo. Oh! qué felicidad! casi me atrevo á creerlo, vos mi madre, cuando no esperaba verla sino en el cielo?

Condesa. Calla... Cállate... (*A Kercadec.*) Has seguido todas mis instrucciones?

Kercadec. Punto por punto, señora condesa.

Condesa. Cuándo se hace á la vela ese navío?

Kercadec. Dentro de una hora, cuando empiece á subir la marea.

Condesa. Paséate por estas rocas á lo largo de la costa... y para que no se sospeche nada... haz como

que estás de caza... no tienes armas en la barca?

Kercadec. Seguramente.

Condesa. Pues bien, toma una escopeta... vete y déjame... Yo llamaré cuando sea tiempo.

Kercadec. Bueno... ahora me obligan á ser cazador! (*Al negro que está en la barca.*) Eh! negrito! sigueme, tú cargarás con la escopeta.

Condesa. No... no... él á su puesto y tú al tuyo... vé y observa bien por todas partes.

Kercadec. No tengais miedo. (*Coge la escopeta, ya en una mano, ya en otra, hasta que concluye por servirse de ella como de un baston.*) Ah!... ya he encontrado la manera de llevarla... voy de caza. (*Vase cantando por la izquierda. La barca se oculta tambien detrás de las rocas.*)

ESCENA III.

LA CONDESA. EDUARDO.

Eduardo. Ah! madre mia... he comprendido bien? sois vos quien me ha abierto las puertas de mi prision? pero qué quereis de mí?

Condesa. Salvarte, Eduardo; todo está dispuesto para tu fuga.

Eduardo. Huir!

Condesa. Noble y querido hijo, huye; te hubiese salvado aun á riesgo de mi vida, antes de saber lo que eras para mí. Oh, Dios mio! haber estado meses, años cerca de él sin saber que era mi hijo! y ahora que le encuentro, cuando podia estrecharle entre mis brazos tengo que separarme de él! Bien está; si, tu vida me es demasiado preciosa para que te permita esponerla imprudentemente. Por esto quiero que te marches al momento. Tengo el derecho de mandártelo: ya lo sabes, he hecho buscar á Valentin, él se reunirá contigo... y velará por ti.

Eduardo. Pero por qué es esta marcha tan precipitada?

Condesa. Para ponerte al abrigo de la cólera del conde.

Eduardo. Os adivino, madre mia. Despues que haya partido, lo confesareis todo para justificarme, sufrireis sola toda la venganza del conde y os sacrificareis por mí... jamás, madre mia, jamás.

Condesa. Eduardo... escúchame...

Eduardo. No insistais, madre mia, yo os lo suplico. Mientras yo permanezca aquí, no os atrevereis á revelar nada, por temor de perderme con vos... me quedo: sí, me quedo para defenderos.

Condesa. Pero dentro de una hora tal vez, vendrán á buscarte para conducirte ante los jueces.

Eduardo. Iré, madre mia.

Condesa. Hijo cruel, quieres desesperarme?... Escucha... alguien viene... mi esposo quizá. Ah!... estamos perdidos... No: bendito sea Dios!... es Valentin.

ESCENA IV.

DICHOS. VAN-BROUST.

Van-Broust. Qué veo? vos aquí, señora condesa!...

Condesa. Con mi hijo.

Eduardo. (*Abrazando á su madre.*) Sí, Valentin...

Van-Broust. Ah!... ya lo sabes todo? perdonad que os tutee... pero la costumbre... durante los primeros dias será necesario que lo disimuleis...

Eduardo. Ah! no cambies jamás, padre, yo te lo ruego... llámame siempre tu hijo... porque siempre lo seré.

Van-Broust. Gracias, Eduardo, gracias... esa palabra sola me resarse con mucho de todo lo que he hecho por ti, y si tuviere tiempo de responderte... pero veo ahí cerca una lancha y adivino vuestra intencion, señora: quereis que se marche!

Condesa. Pero él se niega, Valentin, se niega obstinadamente.

Eduardo. Huir delante de la justicia, yo que soy inocente.

Van-Broust. Tiene razon, y por ahora eso no corre prisa...

Condesa. Cómo?

Van-Broust. He venido aquí con otra idea.

Condesa. Qué decís?

Van-Broust. Pobre muchacho! si se le pudiese salvar sin que se marche, qué diriais de eso?

Condesa. Esplicaos!

Van-Broust. Imposible... en este momento; no queria

que os vean... distingo un hombre... que viene hácia aquí... (*Se ve á Servieres aparecer en lo alto de la roca.*) Eh, vivo!... largarse... veis allá abajo la capilla de los náufragos?... id á esperarme allí con vuestro hijo... y rogad á Dios que yo salga bien.

Eduardo. Pero qué quieres hacer?

Van-Broust. Eso no te importa á tí, no... Con perdon sea dicho...

Condesa. Ven, hijo mio, ven conmigo. (*Vase por la izquierda con Eduardo.*)

Van-Broust. Ya era tiempo. (*Se oculta.*)

ESCENA V.

SERVIERES, *viene por la derecha y se le ve bajar de roca en roca.*

Ya estoy en el sitio señalado... Parece que soy el primero en asistir á la cita. (*Se sienta sobre un peñasco.*) Qué tendrá que decirme ese hombre? Cuando pronunció el nombre de Mauricio Verdier, me estremecí á mi pesar... Cómo le ha podido saber... él... Van-Broust!... el padre de ese jóven Eduardo... No creo haberle visto jamás... Ah! desgraciado de él si lo sospecha solamente!... Pero es imposibie: esos veinte años trascurridos son un abismo en que mi crímen quedó sepultado... Sea quien fuere, he tomado bien mis medidas... He preferido atravesar por estas desiertas rocas á venir por los senderos conocidos... pues así estoy seguro de que nadie me ha visto...

ESCENA VI.

SERVIERES. VAN-BROUST.

Van-Broust. Ah! ah! ya estás aquí, Mauricio Verdier! muy bien... me agrada la exactitud.

Servieres. Por qué os empeñais en llamarme así? Ya os he dicho que ese nombre no es el mio.

Van-Broust. Palabra de caballero, no es eso?

Servieres. Preguntad al conde de Saint-Renan... él ha visto mis pergaminos, mis títulos de nobleza...

Van-Broust. Y qué probará eso? Si esos títulos son verdaderos... es que los habrás robado.

Servieres. Señor Van-Broust!...

Van-Broust. Si no los has robado, es que son falsos y que tú mismo los has hecho.

Servieres. Ah!

Van-Broust. Pero despues de todo, qué importa que te llames Verdier ó Servieres?

Servieres. En fin, qué quereis de mí?

Van-Broust. Os lo voy á decir, querido: hacedme el favor de escribirme una carta amistosa... así... como quien dijese... una declaracion esplícita... confesando que Eduardo Van-Broust no os ha robado nada: que vos le entregásteis de buena voluntad la cartera en cuestion, y que él no sospechaba siquiera que contuviese los valores que estaban allí guardados... Esto es todo lo que os pido, que á la verdad no es cosa difícil ni injusta.

Servieres. Seguramente, señor Van-Broust, que es cosa bien sencilla... Y si no obstante eso, yo me negase á hacer una declaracion semejante...

Van-Broust. Si os negáseis?

Servieres. Sí.

Van-Broust. Entonces yo haria otra que instruiria á los jueces que en la noche del 20 de octubre de 1763 el conde Leon de Esgriñy... Qué teneis, caballero... habeis cambiado de color... os habeis puesto malo?

Servieres. (*Reponiéndose.*) Os estoy escuchando.

Van-Broust. Pues como decia, el conde Leon de Esgriñy fué asesinado en medio de unas rocas desiertas, poco mas ó menos como estas, por un tal Mauricio Verdier, hoy caballero de Servieres, que le despojó en seguida de doscientas mil libras que el conde llevaba encima.

Servieres. (*Que no ha dejado de mirar á Van-Broust.*) Quién os ha contado esa trágica historia, señor Van-Broust?

Van-Broust. No me lo ha contado nadie... yo mismo lo he visto.

Servieres. Ah!

Van-Broust. La noche habia sido mal elegida... porque la luna iluminaba aquella escena. La casualidad, ó mas bien la Providencia, dispuso que yo pasase en el instante que acababa de cometerse el crímen y

tuve tiempo de conocer al asesino, que huia á todo correr.

Servieres. Vos le conocíais ya? (*Con intencion.*)

Van-Broust. Es posible... era un ex-cirujano.

Servieres. Que habiais tal vez visto en el hospital militar de Rennes?

Van-Broust. Tambien es posible...

Servieres. Esperad... Eso me trae á la memoria... Y con qué nombre firmarias tú esa declaracion, celoso vengador de la sangre de los d'Esgriñy, con el de Van-Broust, ó con el de Valentin?

Van-Broust. Con el que tú quieras, Mauricio Verdier.

Servieres. Vamos... no hagas el fanfarron conmigo, porque estamos á juego... Si tú no has denunciado mucho antes ese asesinato que conoces tan bien, es por una razon que voy á decirte. Un soldado llamado Valentin estuvo dos meses en la enfermería de Rennes: á su salida del hospital, ese soldado que mató á un capitan fué condenado á muerte en rebeldía... Ya ves, valiente, que no eres tú solo el que tiene en la memoria los nombres ni las fechas.

Van-Broust. Y... qué sacas de todo eso, Mauricio Verdier?

Servieres. Que te guardarás muy bien de denunciarme, Valentin.

Van-Broust. Tú crees eso?

Servieres. Homicida como yo, no puedes perderme sin perderte á tí mismo. Por tanto, tu seguridad responde de la mia, y estoy completamente tranquilo.

Van-Broust. Tal vez podrias equivocarte... En primer lugar, deja de comparar tu accion con la mia. O no hay bien ni mal en este mundo, ó entre nosotros dos, Verdier, hay tanta distancia como la que separa al hombre de bien estraviado del bandido. Yo puedo confesar mi delito, delito hijo del acaloramiento, de la embriaguez que produce la cólera: puedo morir con la frente erguida, porque no he faltado al honor. El hombre que maté me habia insultado en lo mas querido que tenia en el mundo: estaba armado como yo, y defendió su vida: le acometí en guardia, á la luz del sol, y si sucumbió fué porque yo tuve la mano mas desgraciada que él... Pero tú, Mauricio

Verdier, tú has asesinado á un hombre que te tendia los brazos como amigo: tu le has herido cobardemente por la noche para robarle!... Que estamos á juego dices? Mentira, caballero falsario!... Las balas que me destina la justicia militar castigan el delito y no deshonran. Pero el suplicio que te espera á ti, asesino y ladron, no se detiene en la muerte; la infamia y la execracion pública te seguirán mas allá del cadalso...

Servieres. Palabrería y nada mas! te repito que nada tengo que temer, pues no te atreverás á arriesgar un juego por temor de perder tanto como yo.

Van-Broust. Eso es lo que vamos á ver.

Servieres. Pero desgraciado! no conoces que solo con nombrarte puedo entregarte á la justicia! la prueba está ahí... en la sentencia que te ha condenado, y solo con identificar tu persona podria ejecutarse inmediatamente... Y qué puedes tú contra mí?... acusar al caballero de Servieres de un crimen cometido hace veinte años, promover una sumaria bajo tu palabra, sin mas indicios, sin ninguna prueba?

Van-Broust. Tú eres el que se engaña, Verdier, tengo una prueba.

Servieres. Tú?

Van-Broust. Una prueba irrecusable, fulminante!...

Servieres. Cuál?

Van-Broust. Un escrito del conde d'Esgriñy que antes de morir y con la misma sangre de su herida trazó, y que contiene estas palabras: «Muero asesinado por Mauricio Verdier.»

Servieres. Mientes... tú no tienes semejante escrito.

Van-Broust. (*Sacando un papel de su bolsillo.*) Mirale!

Servieres. (*Ap.*) Infeliz!

Van-Broust. Y si esto no es bastante, mira este estuche de cirujano que el asesino dejó caer al huir y que tiene el nombre de Mauricio Verdier... Parece que esto te desconcierta un poco.

Servieres. (*Se pasea algunos momentos como un hombre que no sabe qué resolucion tomar: despues se para y cambiando de tono.*) Señor Van-Broust, deseais que retire la acusacion lanzada contra vuestro hijo, no es esto?

Van-Broust. Si, caballero de Servieres.
Servieres. Pues bien, estoy dispuesto á ello.
Van-Broust. Lo creo.
Servieres. Pero en cambio de la retractacion que pondrá en libertad al jóven Eduardo, vos me entregareis esas pruebas que me acusan?
Van-Broust. Si el honor de una persona que respeto y venero no se hallase comprometido en todo esto, el diablo me lleve si cometeria tal bajeza... de mejor gana iria á hacerme fusilar para que despues te ahorcaran: pero por ella me resigno, y el desgraciado d'Esgriñy me lo perdonará desde allá arriba.
Servieres. Está bien... esta noche os espero en mi casa.
Van-Broust. Para qué?
Servieres. Para efectuar el cambio convenido.
Van-Broust. No tal, le vamos á hacer en seguida... Traigo todo lo que hace falta... y este peñasco nos servirá de mesa... Mirad. (*Saca un tintero, pluma y papel.*)
Servieres. Supuesto que así lo quereis...
Van-Broust. Y vos?
Servieres. Tambien. (*Se coloca en disposicion de escribir.*)
Van-Broust. (*Dictando.*) «Yo el abajo firmado, caballero de Servieres, declaro que el jóven Eduardo habia venido á reclamarme ciertos papeles de familia y que no sabia contuviese la cartera que le entregué, los valores que he dicho me habia robado. Si le he acusado falsamente de ladron ha sido para deshacerme de un rival peligroso.»
Servieres. (*Levantándose.*) No... yo no puedo escribir eso... Semejante declaracion me perderia á los ojos del conde que me cerraria para siempre las puertas de su casa.
Van-Broust. Y creeis por ventura que os las abrirá de par en par, cuando sepa que su querido amigo, el caballero de Servieres?...
Servieres. Es verdad... ya escribo... (*Acaba de escribir y firma: despues se levanta y deja allí el papel.*) Mirad. (*Van-Broust, toma su lugar, se sienta y lee en voz baja. Durante este tiempo Servieres sube la escena, mira por todos lados si alguno los espia, obser-*

vando tambien los movimientos de Van-Broust.) Estais satisfecho?

Van-Broust. Si.

Servieres. En ese caso... dadme esas pruebas.

Van-Broust. (*Entregándole el papel y el estuche que ha sacado del bolsillo.*) Tomad para vos.

Servieres. (*Toma los objetos con marcada alegría y lo estrecha contra su pecho: despues saca un puñal y mientras Van-Broust dobla la declaracion.*) Y esto para ti... (*Le hiere.*)

Van-Broust. Asesino!... Todavía... (*Deja caer el escrito.*)

Servieres. (*Se apodera de él acercándose á Van-Broust para ver si está herido mortalmente.*) Tienes mi secreto y es necesario que mueras... (*Levanta segunda vez el puñal... pero en el mismo instante se oye una voz que canta en la colina.*) Maldicion!... si vendrán por aquí?... Ah! pronto... traspongamos las rocas... (*Sube á las rocas por el mismo lado por donde salió.*)

Van-Broust. (*Reanimándose y levantándose á medias.*) Miserable!... esta vez tu mano no ha sido tan certera... has dirigido mal tu golpe!... se escapa!... y no hay nadie que pueda venir en mi ausilio. (*Se apoya contra la piedra y se levanta, y en el momento sale Kercadec, trayendo su escopeta.*)

ESCENA VII.

VAN-BROUST. KERCADEC.

Van-Broust. Kercadec... ah!... el cielo me le envia!

Kercadec. Si, yo soy, papá Van-Broust... bien molestado por cierto de llevar la escopeta al hombro... vamos andando.

Van-Broust. Una escopeta... dámela... dámela.

Kercadec. Tened cuidado, que está cargada, porque hace poco que quise tirar á un ave de rapiña... pero cuando fui á echármela á la cara el pájaro estaba ya... Ay Dios mio! qué teneis, papá Van-Broust, estais lleno de sangre?

Van-Broust. Un miserable me ha herido.

Kercadec. Virgen Santa!

Van-Broust. Pero lo que yo siento no es mi herida, que

no es grave... es esa prueba que se lleva!... ayudadme á subir sobre esas peñas.

Kercadec. (*Conduciéndole.*) Pero para qué?

Van-Broust. Mira allá! á lo lejos... ves alguna persona en la quebradura que conduce á lo alto de las montañas.

Kercadec. Sí, en efecto... un hombre que apresura mucho el paso... ahora le vereis aparecer allá arriba.

Van-Broust. (*Preparando la escopeta.*) Sostenme el brazo.

Kercadec. Qué quereis hacer con la escopeta? Habeis visto al ave de rapiña?

Van-Broust. Conoces á aquel hombre?

Kercadec. Es el caballero de Servieres.

Van-Broust. Si... es él... (*Servieres aparece en lo alto de la roca, Van-Broust se apresura y hace fuego, Servieres cae y desaparece á la vista del público.*)

Kercadec. Ay! Dios mio!... Habeis muerto á un hombre!

Van-Broust. No... es el ave de rapiña!... Kercadec... ayúdame á subir á esas rocas...

Kercadec. Y pensais en eso, herido como estais?... Pero qué quereis?

Van-Broust. Un papel que ese miserable llevaba... una prueba que puede salvar á Eduardo...

Kercadec. Salvarle... tranquilizaos... aquí estoy yo.

Van-Broust. Tú?

Kercadec. (*Moviéndose.*) Si, yo... si se trata de salvarle no tengais miedo... encontraré mis piernas de grumete... Una vez no hace regla... Vais á ver cómo tomo el camino mas corto!... Al avio!. (*Trepa sobre la roca y despues desaparece.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. LA CONDESA. EDUARDO. *Despues* EL ALMIRANTE.

Eduardo. (*Saliendo con la condesa.*) Qué es lo que he oido, Valentin?

Condesa. Cielos!... está herido...

Almirante. (*Saliendo con algunos marineros.*) Qué ha sido ese tiro?... Se ha escapado el preso?

Clotilde. Vedle... Ah! mi tia. (*Viendo á Eduardo.*) Es él!

Almirante. Qué veo!... Quién ha disparado ese tiro?

Van-Broust. Yo, mi general.

Almirante. Van-Broust!...

Van-Broust. Yo mismo que he hecho bajar rodando desde allá arriba al mayor bribon del mundo.

Almirante. Cómo!... á quien?

Van-Broust. Al caballero... voto al chápiro!

Almirante. Desventurado!... un asesinato!

Van-Broust. Alto ahí!... en defensa propia... mirad... (*Mostrándole la herida.*)

Almirante. Herido?... y por qué queria asesinarte?...

Van-Broust. Para arrancarme un escrito, una declaracion firmada por la que prueba la inocencia de Eduardo.

Almirante. Una prueba dices?... dónde está?

Kercadec. (*Desde lo alto de la roca.*) Miradla!... (*Los marineros suben y toman el papel.*)

Almirante. Dámela... (*Recorriendo el papel.*) Declara que Eduardo habia ido á reclamarle papeles de familia... Papeles de familia?

Van-Broust. Y bien... sí... cartas... cartas de su madre...

Almirante. De tu mujer?

Van-Broust. De mi mujer... sí... hé ahí mi secreto y hé ahí por qué abandoné mi pais hace veinte años...

Almirante. Ah!

Condesa. (*Bajo á Van-Broust.*) Ah! amigo mio!

Almirante. (*Que ha acabado de leer.*) Dios sea loado!... Eduardo Van-Broust, estais libre.

Condesa. Oh que felicidad!... está libre... él... mi...

Van-Broust. (*Abrazando á Eduardo.*) Mi hijo... mi querido hijo. (*Bajo á la condesa.*) Sí... Mio en alta voz y delante de todos! vuestro en secreto y ante Dios!... Que vuestra felicidad no haga verter lágrimas á nadie! Dejádmele llamar hijo! Es el premio que Dios me concede.

Condesa. (*Idem.*) Me resigno.

Valentin. Ah! (*Alto.*) Ya lo veis... Dios premia siempre las buenas acciones.

FIN DEL DRAMA.

del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gay
a Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-*
neros ultramarinos.

l fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Her-
nonor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del
ja del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—
stion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—
rdo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—
cífico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Ho-
nra y provecho —Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre pro-
a de Fernan Gil.

isaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta
ntriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de
l.—Ya murió Napoleon.

I.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
de carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo—Loca de Lón-
a fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bru-
—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos pri-
uza.—Luis y Luisito.

n.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet —Mansion del crímen.—Mar-
ál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
; vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
raordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
morias de un padre.—Mentir con noble intencion —Mercader flamenco.—Mi Dios
pleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
e Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
jer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
aestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.

ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos —No hay mal que por
ga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.—No hay vida mas que en París.—
rano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.

ual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.

marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
s de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador
—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—
Carranza —Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo
a, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
rcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada —Por él y por
o esplicarse —Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
ensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores —Primi-
pe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Prue-
o conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquis-
rufada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.

nbre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.

le y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
y monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
—Rivera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
rte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
nales.

Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo
nda dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Si-
egra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofro-
ces de un prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—

Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te p
cate.—Sálvese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.—Sueños de a
Tantos vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sa
Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y
Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Trasélá Flandes.—Travesuras de Juana
za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor o la muerte.—Tu
vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero
ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con
celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verd
apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visió
Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la cal

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.
de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su pr
Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á B
Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto
do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventur
los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tant
y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—U
no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Ur
como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Ultima calaverada.—Una perla
go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológ
no sé qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego
sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Figaro: cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo,
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaro
tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.°, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres, un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz, seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la libreria de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, Carretas.

Y en Provincias en las principales.